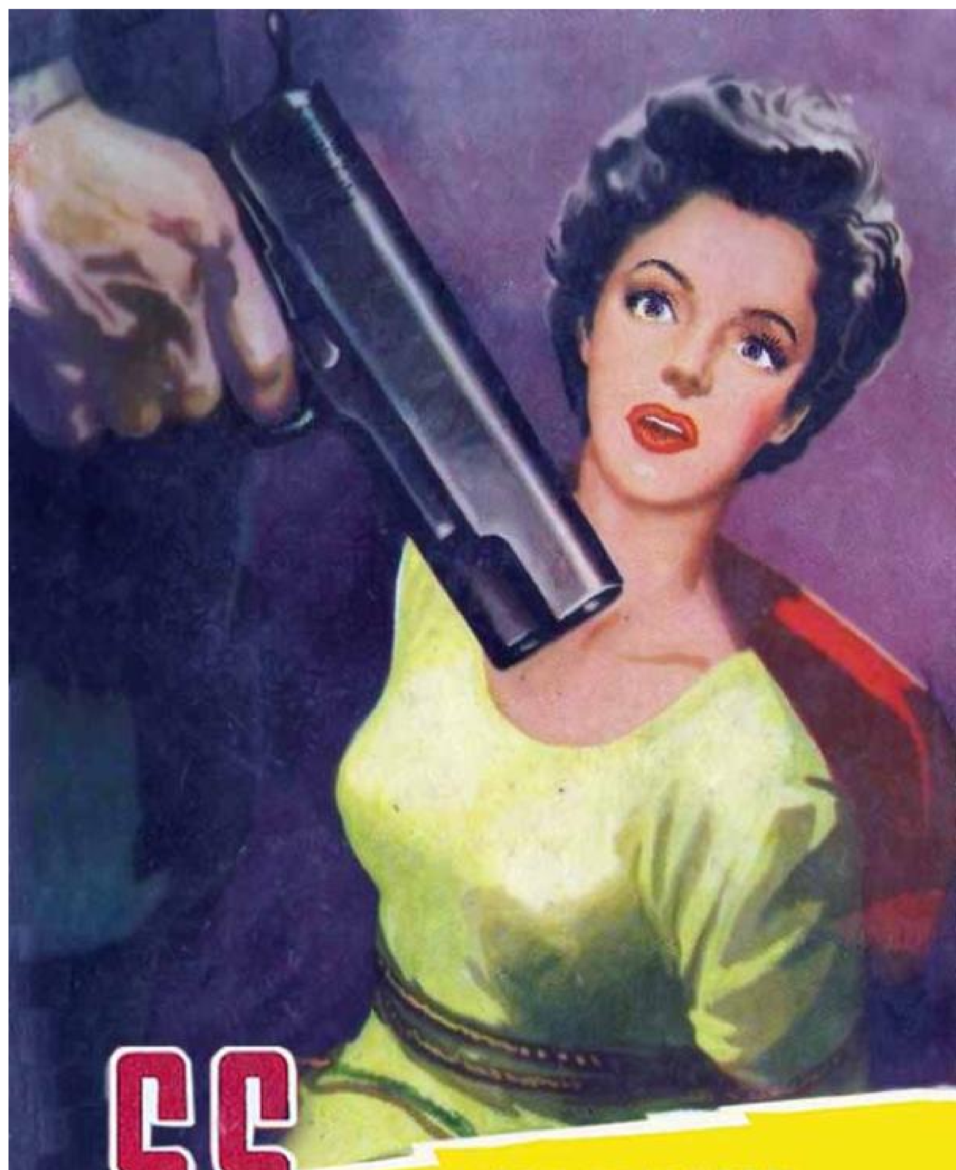


SS
SERVICIO SECRETO

MARK HALLORAN

LA CIUDAD PERVERSA

El despacho en que entró contenía dos mesas, dos sillones, tres sillas, un fichero metálico, una percha, una papelera, una máquina de escribir y una rubia.

Skip era dueño del lote, a excepción de la rubia y de la máquina de escribir; sobre ésta tenía pendientes de pago quince plazos de los dieciséis que le habían concedido para su abono total.

—Buenos días, Anne —saludó alegremente.

Anne era una edición de lujo de esa clase de secretarias con las que los cajeros acostumbran a escaparse. Esbelta, curvilínea, de largas y finas piernas y rostro asombrosamente perfecto.



Keith Luger

La ciudad perversa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 231

ePub r1.0
LDS 06.03.19

Título original: *La ciudad perversa*
Keith Luger, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

LA CIUDAD PERVERSA

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1965

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Skip Braden salió del ascensor, caminó con paso elástico por el corredor, y abrió la puerta que ostentaba la siguiente inscripción:

SKIP BRADEN
Compra-venta de antigüedades y objetos raros.
Pago más que nadie

El despacho en que entró contenía dos mesas, dos sillones, tres sillas, un fichero metálico, una percha, una papelera, una máquina de escribir y una rubia.

Skip era dueño del lote, a excepción de la rubia y de la máquina de escribir; sobre ésta tenía pendientes de pago quince plazos de los dieciséis que le habían concedido para su abono total.

—Buenos días, Anne —saludó alegremente.

Anne era una edición de lujo de esa clase de secretarias con las que los cajeros acostumbran a escaparse. Esbelta, curvilínea, de largas y finas piernas y rostro asombrosamente perfecto.

Skip la admiraba, pero se contenía porque ella le hacía recordar con demasiada frecuencia a una hermosa potranca de remos también finos que, en el hipódromo de Jamaica, cierta vez echó a perder sus ilusiones.

—Un día espléndido, jefe —contestó la hembra, abanicando las pestañas de sus enormes ojos verdes.

Skip colgó el sombrero en la percha, y dando un suspiro de satisfacción sentóse en el gimiente sillón giratorio que había tras la mesa más grande.

—¿Mucha correspondencia, Anne? —inquirió, sin borrar la

sonrisa de los labios.

—Cinco cartas, señor Braden.

—Bueno; adelante con ellas.

Skip había cumplido los veintiocho años, cinco más que Anne, y medía uno setenta y siete de talla. Moreno, de ojos azules y rasgos fisonómicos regulares, su peso de setenta y cuatro kilogramos estaba circunscrito a músculos y huesos.

Anne, que se había sentado ante la otra mesa, destripó el primer sobre con el cortaplumas, y después de extraer la carta declaró:

—Ésta la envía John Ferguson, de Chicago, y dice así:

> «Mi estimado señor…, etc., le ruego me envíe contra reembolso la pipa que utilizó Gran Toro Sentado, y que al precio de quince dólares ofrece usted en el catálogo que he recibido. Esperando sus gratas…, etc.».

—Tome nota y dé orden al almacén… —empezó a decir Skip.

—Lo siento, jefe, pero se nos han agotado las pipas…

—¿Es posible? ¡Si compramos treinta a Bud hace dos meses!…

—Las vendimos todas. Es una antigüedad que ha tenido mucha aceptación…

—Está bien; hágale otro pedido a Bud…

—¿Otras treinta?

—¿A cómo las compramos la última vez?

—A sesenta y cinco centavos. Recuerde que Bud alegó se las fabricaban auténticos «cheyennes» de Dakota, y usted dio la conformidad.

—¡Al diablo ese viejo zorro! Pídales cien pipas y dele mi último precio…, ¡cincuenta centavos la unidad! ¡Auténticos «cheyennes»!… ¡Las fabrica un cuñado suyo que es taxista!

Anne tomó nota en un bloc y pasó a la carta siguiente.

—Ésta es de Harry Smith, de Richmond, Virginia… Ofrece una cuartilla manuscrita de Mark Twain por doscientos dólares…

—No conteste. Tírela a la papelera.

—¡Pero, señor Braden!… ¡Puede usted venderla por quinientos!…

—¿No se ha fijado en el reverso del sobre, Anne? Lo he leído mientras usted lo abría. Poseo una buena vista.

La rubia tomó el sobre, y leyó en voz alta:

—«Prisión Federal de Richmond»… ¡Oh!

—Exacto. Y puede estar segura de que nuestro desconocido bienhechor Harry Smith está cumpliendo condena por falsificación. A esos tipos les cuesta trabajo mantenerse apartados de su profesión hasta entre rejas. —Braden sonrió, indicando—: Continúe con la siguiente.

Poco después, Anne manifestó:

—La firma Joe Cannter, marinero de la V Flota que presta sus servicios en el destructor *Minnesota*. Dice que es admirador de Marilyn Monroe, y que le pagaría cien dólares a usted por… por… ¡oh, qué atrevimiento!… —Anne arrugó furiosa la carta, arrojándola a la cesta.

Skip se cubrió con la mano el rostro, evitando que la joven descubriese su sonrisa.

—La cuarta es del Memorial Harris Hospital. Su contribución voluntaria, señor Braden…

—Envíeles doscientos dólares…

—¡Pero si hace dos meses les giró doscientos!

—¿Y qué? Si piden es porque lo necesitan.

—No lo comprendo, jefe, la verdad. Pelea por quince centavos en un artículo que compra a sesenta y cinco para revenderlo a quince dólares y…

—Y regalo lo que gano al Memorial Harris Hospital. Se lo voy a explicar, Anne. No sé si son influencias del día primaveral o que me estoy haciendo viejo…

—¡Señor Braden, si es usted jovencísimo!…

Anne volvió a abanicar las pestañas, pero Skip continuó su informe.

—Verá, Anne. Usted ya sabe lo que es este negocio a que nos dedicamos. La mayoría de los clientes, por no decir todos, son tipos chiflados, podridos de billetes. Ellos encuentran placer en pagar grandes cantidades por un supuesto tirabuzón de María Antonieta, la colilla de un cigarro de Churchill o el corsé que usó Mae West en *Lil Diamond*. No se dan cuenta de que entre la Humanidad que les rodea existen personas para las que, en un momento determinado,

unos pocos dólares pueden apartarles del sendero del delito o evitarles cualquier otra tragedia…

—Y usted les aligera de peso la cartera, invirtiendo los cobros en obras de caridad…

Skip sonrió, comentando:

—Está usted aprendiendo demasiadas expresiones del Bronx.

—¿Por qué tiene como favorito a ese hospital?

—Allí sólo se admiten a enfermos que no excedan de los quince años. —Skip hizo una pausa, y añadió—: Parálisis infantil.

Se hizo un silencio en la estancia que cortó Braden, alegando:

—Debiera despedirla, Anne. Ahora creerá que soy un sentimental, y el día menos pensado me pedirá un aumento de sueldo…

La joven sonrió, replicando:

—Ahora trabajaría con usted gratis, jefe.

—Gracias por sus ánimos, Anne. ¿Qué le parece si lee la última carta?

—En seguida, señor Braden… La envía su amigo Cyril Atkinson, de Montgomery, Alabama…

—Ya recuerdo. Le pedimos la semana pasada un arca del tesoro del capitán Kidd y una armadura de Hernando de Soto, descubridor del Mississippi. ¿Qué dice?

—Que le remite el arca con la armadura dentro, y que el arca ha sufrido un aumento de cinco dólares…

—¡Cinco dólares! —chilló Skip—. ¿Qué se ha creído ese bribón? ¡Quince dólares por una cáscara!… ¡Ni que contuviera de verdad el tesoro del capitán Kidd!…

—Dice que la mano de obra ha aumentado, y es difícil encontrar madera vieja para construir las arcas… Bueno… después de todo, usted se la endosará a ese coleccionista de Detroit por doscientos cincuenta dólares…

—¡Está bien! ¡Me rindo si se pone usted de su parte!… ¡Continúe así, y el día menos pensado liquidaremos el negocio!

En ese instante zumbó como un abejorro el timbre de la puerta. Anne se incorporó, y acudió a abrir.

Un hombre de unos cuarenta años sonrió en el umbral, dándole vueltas a un sucio sombrero entre las manos. La rubia se volvió, diciendo con retintín:

—Su amigo Boles, jefe.

Skip se levantó de un salto, saliendo al encuentro del visitante.

—¡Caramba, John, dichosos los ojos!…

Boles estrechó la mano que le tendían.

—¿Qué tal estás, Skip?

—¡Ya lo ves, viento en popa! ¿Y a ti, cómo te va la heladería de Brooklyn?

—Pues… bien, claro que bien, muchacho.

Skip hizo una discreta señal con la mirada a su secretaria, y ésta pasó a una habitación contigua, que utilizaban en casos de emergencia.

—¿No te sientas, John? —invitó Braden a su amigo, cuando estuvieron solos.

—Únicamente he venido para saludarte —sonrió forzadamente Boles, sin dejar de hacer girar el sombrero—. Pasaba por ahí abajo, ¿sabes? Y no todos los días puede uno echar una parrafada con el gran Skip Braden…

—Déjate de eso. ¿Un cigarro? —Skip alargó la caja que tenía sobre la mesa, y John aceptó uno, guardándoselo en el bolsillo superior de una americana demasiado estrecha para ser suya.

—Verás, Skip; el caso es que… bueno; ya sabes cómo ha estado el tiempo. La primavera se ha hecho esperar, y hemos perdido dos meses de negocio… La gente no toma helados en invierno. Todo han sido gastos y… —Boles hablaba a trompicones; tan pronto se detenía como reanudaba sus explicaciones con rapidez.

—Me hago cargo —le ayudó Braden—. Tengo un amigo en el Servicio Meteorológico, y me ha dicho que tendremos un verano largo y caluroso…

—¡Claro que sí! ¿No te lo decía? —rió, con optimismo, Boles—. Será estupendo, Skip…

—¿Cuánto necesitas?

John cesó de sonreír, humedeciéndose los labios con la lengua.

—Naturalmente, será un préstamo —advirtió.

—Seguro, muchacho.

—Bueno, quizá con cincuenta me arregle.

Skip sacó un fajo de billetes, y alargó a su amigo uno de cien, diciendo:

—Mira; no tengo sueltos los cincuenta. Quédate con los cien.

Tengo ahora una buena racha…

—Te los reintegraré con los otros doscientos, ¿eh, Skip? Eres un buen amigo.

—No mejor que tú, John.

—Se lo cuento a los chicos cuando los encuentro por ahí. Les digo: «Mirad, muchachos. Yo era capitán cuando lo de Guadalcanal, y tuve a un soldado bajo mi mando llamado Skip Braden. Pues bien, ese tipo se está haciendo el amo de Wall Street…».

Se habían acercado a la puerta, y estrecháronse de nuevo la mano, despidiéndose.

—Te lo ha dicho un tipo del Meteorológico, ¿verdad, Skip? Un verano caluroso…

—Seguro.

—Apuesto a que gano tanto dinero que este invierno me llevo a Mary y los chiquillos a Florida…

Boles se perdió por el corredor, y Braden continuó sonriéndole hasta que desapareció por una curva del mismo.

La voz de Anne dijo:

—Si persiste usted en socorrer a todo el que se deja caer por este despacho, terminará por comer en la Beneficencia Municipal, jefe.

Skip cerró la puerta, girando hacia su secretaria.

—John es un buen chico. Tuvo mala suerte. Terminando la guerra recibió un pedazo de metralla en la cabeza. De resultas de la herida quedó incapacitado para su trabajo.

—¿A qué se dedicaba?

—Instrumentos de precisión en un laboratorio de óptica. Está pasando una crisis. Pero tiene voluntad, y la vencerá… El día menos pensado se encontrará a sí mismo, y podrá trabajar…

—¿Pero no trabaja ya en esa heladería?

—No hay tal heladería.

Anne abrió los ojos, asombrada.

—Eso colma la medida, jefe. ¿Por qué no se hace examinar por un psiquiatra?

—No refunfuñe más. Voy abajo a dar una vuelta por el almacén. Le dejaré dinero para que pague el apartamento. Hoy es día primero. —Skip sacó de nuevo el fajo de billetes y entregó uno de cincuenta dólares a Anne.

—Conque sólo tenía de cien…

Braden recogió el sombrero, hizo un guiño a su secretaria y abandonó el despacho.

El almacén estaba situado en la parte trasera del edificio, y se componía de una amplia nave en la que se habían dado cita los más extraños cachivaches. Lienzos, cuadros, bañeras, sillas, divanes, relojes de pared, candelabros y mil objetos más. Todos en aparente desorden.

Un muchacho de unos dieciséis años saludó a Skip en cuanto éste penetró en aquel cementerio.

—Buenos días, señor Braden. Acaban de traer un envío de Montgomery.

—Oh, sí…, un arca con una armadura. ¿Dónde lo habéis dejado?

—En el rincón de la derecha.

—Desembala y repasa la armadura, Tim. Hay que reexpedir ambas cosas mañana.

—Sí, señor; ahora mismo.

Tim se alejó para cumplimentar la orden, mientras Skip se sentaba en un sillón Luis XV, y encendía un cigarrillo. Tenía éste casi consumido, cuando llegó a sus oídos la voz sobrecogida del muchacho.

—¡Dios mío!

Braden estiró el cuello hacia el rincón donde trabajaba su empleado.

—¿Qué pasa, Tim?

—Señor…, señor Braden. ¡Venga en seguida!

Skip tiró la colilla al suelo y la aplastó con el tacón del zapato. Después se irguió para acercarse adonde se hallaba Tim. Antes de llegar pudo observar el rostro del joven. Estaba blanco como el papel, y sus ojos permanecían fijos, llenos de espanto, en el fondo del arca que contuvo, según catálogo, el tesoro del capitán Kidd.

Pero ahora lo que contenía era el cadáver semidesnudo de un hombre.

CAPÍTULO II

El arca no era muy larga, y habían colocado el cuerpo en forma de cuatro, actitud grotesca si no trágica. Tan sólo estaba cubierto por una toalla arrollada a sus caderas. Aparentaba unos treinta y cinco años, y había sido un hombre moreno, de bellos rasgos varoniles. Tenía un lunar en el mentón, y debajo de la tetilla izquierda mostraba un agujero que había dejado de manar sangre hacía muchas horas, porque estaba negro. Por el olor que despedía, el comienzo de la descomposición no se hallaba muy lejano.

Skip lo examinó largo rato en actitud reflexiva. La voz de Tim lo volvió a la realidad.

—¿Qué hacemos, señor Braden?

—¡Vente conmigo, muchacho!… —replicó el vendedor de antigüedades, como si repentinamente hubiera adoptado una decisión.

Tim se dejó conducir al exterior dócilmente, y su patrono echó la puerta metálica, dirigiéndose ambos a la oficina.

Anne se entretenía en comer bombones de la última caja obsequio de su jefe, cuando éste entró como un ciclón en el despacho seguido por Tim.

—¿Qué pasa, señor Braden? —inquirió la secretaria—. ¡No me lo diga! ¡Al fin acertó un jaco!

—Alguien nos ha enviado algo demasiado raro.

—¡Magnífico! Se lo puede colocar por doscientos pavos a ese tipo de Springfield que lo compra todo.

—No haría juego en ninguno de sus salones. Es un cadáver.

—¿Un… qué? —chilló Anne.

—Ya lo oyó. Escuche, pequeña. Me largo.

—¡No!… ¿Por qué lo mató, jefe?

—Déjese de tonterías. Ha de tener calma.

—¡Estupendo! Yo tendré calma. Tim también la tendrá, y usted leerá nuestras declaraciones al fiscal del distrito en el Canadá…

—¿Quién dice de irse al Canadá? ¡Me voy a Montgomery!

—¿A Montgomery?

—¡Claro que sí, preciosa! ¿Quién nos ha enviado el arca?

—¡Cyril Atkinson!

—¡Magnífico! Posee un cerebro portentoso. Debería estar en Hollywood.

Tim era testigo del parloteo verbal, mirando a uno y otro contendiente.

—Pero ¿qué piensa hacer, jefe? —preguntó Anne—. Usted no tiene nada que ver con el embrollo. Avise a la policía, y concluirán sus quebraderos de cabeza.

—Cyril es mi amigo. Puede que esté metido en el lío.

—¡Pues que se las arregle como pueda, si tiene la costumbre de matar una persona a la hora del desayuno!

—¡Usted va a obedecer, Anne! Permanezca aquí con Tim durante media hora, y transcurrido ese plazo comunicará lo sucedido a la policía… Cuando vengan, les dirán ustedes que yo descubrí el cadáver con Tim, y que me fui sin comunicarles adónde me dirigía. ¿Entendido?

—Sé que intentar disuadirle es como tratar de detener un expreso poniéndole de tope mi cabeza —convino Anne—. Usted gana, Sherlock Holmes.

Skip miró a Tim, y éste también asintió, tragando saliva. El primero abrió la puerta del despacho, y antes de salir advirtió:

—Esté todas las tardes, de siete a nueve, en su apartamento, Anne. La llamaré por teléfono para saber lo que ocurre…

—¡Eh, eh, jefe!… ¡Que me estropea la cita con el novio!…

Pero ya Skip había salido disparado por el pasillo, hacia la escalera.

Subió a un taxi en la calle y se hizo conducir al aeropuerto. Ya había hecho un viaje anteriormente a Montgomery y se encaminó directamente a la ventanilla donde expendían los pasajes. Allí el encargado le informó:

—Lo siento, señor. El avión está completo.

Braden se maldijo interiormente, y rogó:

—Es mi tía Gertrudis. ¡Se halla grave, gravísima, se está muriendo, puede que no llegue a tiempo!… ¡He de ir a Montgomery ahora mismo!…

—Lo lamento sinceramente, caballero. Sólo tendrá que esperar doce horas. A las once de la noche sale otro avión…

—¡Doce horas! —lamentóse, compungido, Skip.

Se retiró de la ventanilla, salió del aeropuerto y, tomando otro coche, hízose conducir a las inmediaciones de la ciudad. Desde el asiento del automóvil, ordenando al chófer que fuese despacio, logró descubrir un bazar. Penetró en éste, y adquirió una perilla y unas gafas de cristal sin graduar por el módico precio de un dólar sesenta. Luego, pasó a un bar de las cercanías, introduciéndose en la cabina telefónica. Discó, y cuando se estableció la comunicación, dijo:

—¿Aeropuerto?

—Sí, señor, ¿qué desea?

—Aquí el FBI. Póngame con el jefe de servicios. Urgente.

—Sí, señor. Al momento.

Transcurrió un segundo, se oyó un chasquido, y la voz anterior anunció al jefe de servicios que el FBI deseaba hablar con él.

—Sí, diga.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Skip.

—Howard. Richard Howard.

—Escuche, señor Howard. Estamos siguiendo la pista a una banda internacional. Dentro de quince minutos un hombre de unos treinta años, que lleva perilla y usa gafas, pedirá billete para Montgomery. Sería para nosotros una valiosa ayuda que ese hombre no encontrase ningún obstáculo en su viaje. En Montgomery dos de nuestros agentes le estarán esperando… Usted ya lo entiende…

—Sí, señor. No se preocupe. Pasaré ahora mismo su encargo. Ése espía saldrá para Montgomery en el próximo avión. Esté seguro de ello.

—Gracias, señor Howard.

Skip colgó el aparato antes de que el otro hiciese alguna pregunta indiscreta sobre su identidad. Volvió al taxi, y dio la dirección del aeropuerto. Poco antes de llegar colocóse la perilla y las gafas. El chófer se asombró de la transformación y Braden explicó, mientras pagaba la carrera:

—Se trata de una broma. ¿Estoy bien?

El taxista se encogió de hombros.

Skip procuró no mostrar mucho la cara cuando el empleado con el que había hablado antes le alargó el billete para el avión.

Cuando traspasó la puerta que daba acceso al campo, vio a un hombre gordo que protestaba a voz en grito porque no le habían guardado un pasaje que pidió seis horas antes.

El avión de Montgomery estaba a punto de despegar, y el vendedor de antigüedades se apresuró en llegar a su asiento, vecino al de una mujer que, en aquel instante, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla, agitaba la mano despidiéndose de alguien que se hallaba en el espacio acotado para el público.

Zumbaron los motores, y la azafata pasó por el corredor rogando a los viajeros se pusieran los cinturones de seguridad.

El avión empezó a deslizarse suavemente por la pista y poco después a elevarse.

Entonces la vecina de Skip miró al frente, y él pudo admirar el más hermoso perfil que había visto en su vida.

Era una joven de unos veinte años, morena, de cabello negro, corto y rizado. Así sentada, su cuerpo prometía exquisiteces. Vestía un traje sastre a cuadros que le entallaba lo bastante para hacer resaltar la exuberancia de sus formas.

Skip encanutó los labios, pero no llegó a lanzar ningún silbido. Ese instante fue el elegido por la muchacha para volverse y, al verlo a él, estuvo a punto de lanzar un chillido de espanto.

—No grite, bombón —advirtió Braden—. Le aseguro que no soy un marciano.

—¿No? —murmuró ella, reponiéndose—. ¿Dónde va a poner entonces la bomba?

Skip la miró atentamente, y soltó una carcajada.

—Es un buen chiste —comentó, quitándose la perilla y las gafas —. Pero tendré que pagar la apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Dije que haría el viaje a Montgomery sin que nadie me reconociese. Si usted me ha descubierto, con mayor motivo lo harán mis amigos…

—Eligió mal el disfraz, y me extraña, porque no parece usted tonto.

—Ni usted tampoco. Ya ve que hemos nacido el uno para el otro. ¿A qué se dedica?

—A la vista está; viajo.

—Maravilloso, ¿no cree? Como yo; mi nombre es Skip Braden.

—El mío no. Ya se rompió el encanto. Y ahora, si me lo permite, voy a echar un sueñecito.

—¿Es posible que duerma con este ruido?

—Duermo, como y respiro. Son extrañas costumbres que me inculcaron de pequeña. Yo de usted me colocaría la perilla y las gafas. Al menos puede tener alguna probabilidad…

La joven se dobló hacia la ventanilla, y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

Skip se mordió el labio inferior, y aceptó el reto de la joven intentando dormir también. Pero transcurrió el tiempo sin conseguirlo, y cuando empezaban a cerrársele los párpados, la azafata anunció que estaban llegando a Montgomery.

La desconocida y hermosa joven despertó, y él estableció nuevo contacto.

—¿Bonito el sueño?

—No lo crea. Un hombre con perilla me perseguía por un bosque. Yo corría empavorecida, y de pronto…

—¿Qué?

—¿Me guardará rencor si se lo digo?

—Suéltelo.

—Me detuve, y él entonces huyó, al parecer, con más miedo que yo.

—Me gustaría jugar a eso —apuntó Skip—. ¿Cuándo empezamos?

La joven sonrió haciendo un mohín y replicando:

—Es un hombre peligroso, señor Braden. Jamás recomendaría a una mujer que fuese con usted por el bosque…

El avión se inmovilizó en la pista, y dos hombres acercaron la escalera para el descenso de los viajeros.

La muchacha recogió un maletín de la red, y se despidió de su compañero de ruta:

—Hasta la vista, señor Braden. Y le deseo suerte en su apuesta.

—Oiga, ¿dónde la puedo ver? ¿Cómo se llama?… ¿Vive aquí?…

Ella sonrió y echó a andar por el pasillo, dejando a Skip

desesperanzado.

En el exterior hacía frío, y el vendedor de antigüedades y objetos raros lanzó un venablo por no haber tenido la precaución de traer una prenda de abrigo.

Al salir del aeródromo vio a la espléndida morena sumergirse en el interior de un «Cadillac», y ello arruinó todas sus posibilidades. Para recobrar la moral se dijo que había muchas mujeres bonitas en el mundo, y que se hallaba en Montgomery porque cierto arcón contenía un cadáver.

Media hora después de haber descendido del avión, un taxi lo dejaba a la puerta del edificio en uno de cuyos apartamentos, el 122, se alojaba su amigo y colega Cyril Atkinson.

Tuvo suerte. Cyril le abrió la puerta envuelto en un batín.

—¡Skip! ¿Qué demonios haces aquí molestando a las personas honradas?

Braden se coló en el interior del piso, replicando:

—Tengo mis dudas de que tú lo seas.

Atkinson, alto, huesudo, con patillas a lo Rodolfo Valentino, hipó:

—¿Qué pasa? ¿No te gustó mi envío del auténtico piano en que aprendió a tocar Lincoln?

—Tan genuino como tus arcas del capitán Kidd.

—¿Qué tienes que decir de ellas? Tú sabes que las fabricamos en serie. Es un buen trabajo, y ningún comprador puede quejarse. Si a alguno se le ocurriese presentar una demanda contra nosotros, perdería el juicio porque la sentencia…

—La sentencia del 14 de febrero de 1872, pronunciada por el juez Warren, de Albany, establece que «nunca puede prosperar una acción judicial fundamentada en un supuesto fraude si no existe prueba indudable sobre la autenticidad de la cosa litigiosa»…, ¡ya lo sé, Cyril!… ¡Fui yo quien descubrió esa sentencia en que se apoyan todos los anticuarios del país!

Skip se dejó caer en un cómodo sillón y encendió un cigarrillo, observando con ojos cerrados la cara de su colega.

—¡Claro que sí! —dijo éste, sonriendo—. ¡Fue un buen trabajo tuyo!

—¿Quién se encargó de enviarme el arca con la armadura? —preguntó Braden, displicentemente.

—¿El arca con la armadura? ¡Yo, naturalmente! Te escribí…

—Lo sé. Me refiero a la parte material del asunto. ¡De dónde salió y quién embaló!

Cyril metió las manos en los bolsillos del batín azul y sonrió.

—Ya te advertí que no te lo diría. Las arcas me las fabrican a mí. Si te indico quién es, perderé mi tanto por ciento. ¿Crees que soy tonto?

—Está bien. Iré al grano. El arca no contenía la armadura, sino un cadáver.

—¿Un cadáver? —Cyril quedóse asombrado, pero de pronto se echó a reír.

—¿Te divierte? —inquirió Skip.

—Confieso que eres inteligente, pero no te valdrán las tretas.

Braden se levantó de un salto.

—¿Crees que tomo todos los días el avión para sonsacar a mis amigos y ahorrarme unos cochinos dólares? ¿Qué cara pondrás cuando, dentro de unas horas, la policía se presente aquí y te interrogue?

Cyril se echó atrás, tartamudeando:

—¿Es… es cierto?

—Tan cierto como que me he metido estúpidamente en este lío por evitarte un contratiempo…

—¡Pero si yo no sé nada!

—Desembucha tu parte en el negocio. Lo otro es cuenta mía…

—Está bien, ¿me… me das un cigarrillo? Acabé el paquete.

Atkinson no habló de nuevo hasta haber lanzado dos bocanadas de humo, y entonces lo hizo retorciendo los dedos nerviosamente.

—Los arcones son construidos en Phoenix City por Brett Parker.

—¿Quién es Brett Parker?

—Un tipo que se dedicó a construir barriles para los contrabandistas durante la Ley Seca.

—¡Buena pieza!

—Te equivocas, Skip. Lo he dicho sólo para que te convenzas de que es un verdadero perito en maderas. Descubrió que aquellas que habían permanecido en contacto con el *whisky* largos años, sometiéndolas luego al efecto de una fórmula de su invención, líquido en que entran varios ácidos, adoptaban la forma y características de tablas con varios siglos de edad. Yo tuve cierta

intervención en su trabajo, y lo alenté a que lo finalizase. El procede con honradez, puesto que sus precios de venta son equivalentes al valor de la obra acabada. Exporta arcones a todo el mundo. En Europa se compran alegando los vendedores que pertenecieron a los Borgia, a Francisco I o al propio Cristóbal Colón…

—De acuerdo; sólo me interesa el lugar en que tenían que meter en el arca la armadura, y quién tenía que hacerlo…

—Era también en Phoenix, en el propio almacén de Brett…

—¡Y dices que es honrado!

—Pondría las manos en el fuego por él.

—¡No estés tan seguro, porque podrías achicharrarte!

Cyril rompió en dos mitades el cigarrillo, dejándolas en el cenicero que había sobre una mesa cercana.

—Las armaduras las fabrica un fundidor llamado Eric Lang —declaró.

—¿Alemán?

—Nacionalizado americano después de la primera guerra mundial. El no puede tener nada que ver con el asunto, porque le dije que enviase la armadura a Brett…

—Así que Brett hizo el embalaje, te remitió a ti el arcón, y tú me lo reexpediste sin abrirlo.

—Sí; pero no vayas demasiado lejos en tus suposiciones. Brett tiene media docena de empleados a sus órdenes.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que salió el arcón de Phoenix City hasta que ha llegado a mi almacén?

—Un día y medio. Brett me lo envió en un camión, y yo te lo remití en uno de los míos. ¿Por qué?

—El cadáver empezaba a descomponerse.

—¿No le registraste para saber quién era?

—Estaba desnudo; tan sólo lo cubría una toalla completamente blanca, sin marca alguna.

—¿Cómo es?

—De unos treinta a treinta y cinco años de edad, moreno, guapo, de complexión atlética, con un lunar en la barbilla… ¿Te hace recordar a alguien?

—El único dato que podía servir de ayuda, así al pronto, es ese lunar de la barbilla; pero no, no recuerdo a nadie con esa señal.

Skip paseó por la habitación, exponiendo:

—Es la cosa más absurda que he visto en mi vida. Tiene que estar rematadamente loco el tipo que asesina a un enemigo y luego lo introduce en un arcón cuyo destino ignora. Pudo haber enterrado el cadáver y evitarse complicaciones que inevitablemente habrían de surgir…

—A mí no me extraña nada.

Braden miró a Cyril con el ceño fruncido.

—¡Que me maten si has tenido quejas parecidas de otros anticuarios a quienes sirvas las arcas!

—No me refería a eso, Skip, sino al lugar en que el hecho ha ocurrido: Phoenix City.

—¿Qué pasa con Phoenix City?

—¿Acaso no lees los periódicos?

—Prefiero la compañía de una pelirroja. Cuéntamelo tú.

—Alguien que ocupa un alto cargo en Washington ha dicho que Phoenix City es la ciudad más perversa de los Estados Unidos…

Skip entrecerró los párpados diciendo:

—Ahora me va por la memoria algo que oí por la radio. ¿No asesinaron a una personalidad local en Phoenix?

—Fue Albert Patterson, un abogado que iba a presentar su candidatura con los demócratas para la Fiscalía general. Lo balearon cuando aparcaba su automóvil. Dos balas le entraron por la boca, y la tercera se le alojó en el pecho.

—¿Pescaron a los que lo hicieron?

—No; y lo peor es que las autoridades ven obstaculizada su labor por caciques y supuestos prohombres de la industria.

—¿Qué pasa allí?

—Yo no me meto en esas cosas, y procuro mantenerme alejado, pero sospecho que en Phoenix se está cociendo algo que deja pequeñito al Chicago de Al Capone… Brett Parker podría informarte al respecto.

—No es mala idea.

—Pero será mejor que se lo preguntes por teléfono. En mi despacho tengo uno…

—No; gracias. Iré a Phoenix.

—Creo que cometerías una locura, Skip. Al fin y al cabo, tú no conoces a ese muerto, y te importa un rábano lo que pueda suceder

en Phoenix City…

—Tengo curiosidad por conocer de cerca una ciudad perversa. ¿Me prestas tu coche, Cyril?

Atkinson vaciló unos instantes, mas la actitud resuelta de su amigo le obligó a convenir:

—Como quieras, Skip; pero recuerda que te he avisado.

Le entregó las llaves del coche, indicándole que llamaría al garaje para que no le pusieran obstáculos en su entrega, y confióle asimismo las direcciones de Brett Parker y Eric Lang en Phoenix City.

Veinte minutos más tarde, Braden hacía volar un convertible color canela por la carretera que conducía a la ciudad desde donde había emprendido su viaje un cadáver.

Capítulo III

Brett Parker, de cejas espesas y labios gruesos, vistiendo una camisa verde a cuadros con el cuello desabrochado, miró a Skip y dijo:

—Lo esperaba, señor Braden. Atkinson me telefoneó anunciándome su visita. ¿No se sienta?

El anticuario, cansado por las largas horas transcurridas ante el volante, aceptó una silla.

La entrevista tenía lugar en un despacho de reducidas dimensiones, una de cuyas paredes era un ventanal a través del cual se veía una gran nave en la que trabajaban varios hombres.

—¿Le ha contado Cyril el objeto de mi viaje?

—Sí; y supongo que querrá interrogarme acerca de cómo pudo ir a parar el cadáver al arcón destinado a usted.

—Acertó, señor Parker. ¿Hay respuesta?

—Todo ha sido debido a una confusión.

—¿Una confusión? ¿Quiere decir que el cadáver estaba destinado a otra persona, y que a ella le han enviado mi armadura?

Parker se puso lívido.

—No, Braden —replicó con voz animosa, apeando todo tratamiento—. No sé nada de ese muerto. Lo que sí le puedo decir es que su arca con la armadura se encuentra en el almacén. Los dos hombres a quienes encargué el transporte a Montgomery, se equivocaron de arca y cargaron con la del cadáver.

—¿Cómo se justificará ante la policía?

—De la misma forma. Es la pura verdad. Alguien asesinó a ese hombre y lo metió en una de las arcas, dando la casualidad de que ésta se hallase cerca de la que contenía la armadura. Mis hombres se equivocaron suponiendo, por su peso y puesto que las otras estaban vacías, que era la que se enviaba a Atkinson.

—¿Y por qué escogieron su taller para esconder el cadáver?

—Yo qué sé; aunque nada parece raro para los que vivimos en esta ciudad.

—Cyril me ha hablado algo sobre ese particular, pero me indicó que usted podría ampliarme las noticias. ¿Quiere hacerlo?

—¿Por qué no? —Parker hizo una pausa, y continuó hablando —: ¿Ha oído hablar del Dodge City de 1870, del San Francisco de 1900, del Chicago de los años veinte?

—Sí, y he visto muchas películas sobre esos temas.

—Pues Phoenix es peor que las tres juntas.

—¿No se excederá usted por su patriotismo local?

—No; en absoluto. Aquí se ha venido toda la gentuza que ha sido expulsada de un modo u otro de las restantes ciudades del país. Se han constituido verdaderos *gangs* dedicados a la más variada clase de delitos. Phoenix City está a pocas millas de la frontera con Georgia y esa situación, lejos de Montgomery, es la que le ha hecho encumbrarse hasta llegar a poseer su triste fama.

—¡Pero Phoenix es una ciudad insignificante al lado del Chicago, o el San Francisco de esas épocas a que se refiere usted, Parker!

—No es tan pequeña para los delincuentes que trafican con la población circundante en más de trescientas millas a la redonda. ¡Juego, tráfico de drogas, trata de blancas!… Son negocios con largos tentáculos y que producen fabulosos beneficios para que sus promotores abandonen el campo sin lucha.

—¿Luego existe pelea? ¿Quiénes son unos y otros?

—El tinglado lo tienen montado Hoyt Shepherd, Jimmy Matthews, Godwin Davis, padre e hijo, y Clarence Revel. Hoyt es el hombre fuerte de la sociedad. Nadie está por encima de él. Dos veces ha estado a punto de ser asesinado desde vehículos que marchaban a gran velocidad. En una ocasión sufrió heridas leves, y en la otra fallaron la puntería por más de dos metros.

—¿Quiénes lo hicieron?

—Probablemente algunos que deseaban vengarse. Hoyt fue acusado, en 1946, de haber asesinado a su socio en el casino de juego, pero no se le probó nada, y fue absuelto. El viejo Davis y Revel también fueron acusados, en 1948, en relación con el asesinato de un confidente de la policía que informaba a las

autoridades de Georgia sobre tráfico de estupefacientes en la zona Columbus-Phoenix. A ellos los soltaron, pero se condenó a dos buitres que se confesaron autores materiales del crimen. Patterson, de quien habrá oído hablar, defendió a Revel.

—¿Patterson? ¿El abogado que mataron hace poco?

—El mismo. Tenía sesenta años, y trató de pasar la divisoria apartándose de los *gangs* para presentar su candidatura a la Fiscalía general. Lo asesinaron apenas dijo en un discurso electoral que apostaba su vida a que no llegaría a prestar juramento del cargo. Debió ser divertido para Hoyt y los suyos hacer que se cumpliese la profecía.

—Pero ¿y los representantes de la ley?

—Hacen lo que pueden, pero no será mucho mientras no cuenten con el suficiente apoyo. Se juegan la vida si se atreven a poner la mano sobre un miembro del *gang*. Mayor importancia tiene la «Asociación para la limpieza de Russell». Russell es el condado de que es sede Phoenix City. Uno de los principales miembros de esa asociación es Hugh Britton, que fue víctima de una bárbara paliza en la calle; otro es Robert Brown, que tuvo que escapar con su mujer de su casa antes de que ésta, una madrugada, fuese devorada por las llamas. El presidente es Hugh Bentley, un comerciante en artículos deportivos. Es un buen hombre y las personas honradas confían en él. Hay otros miembros, muy pocos, porque el pánico no deja exteriorizar los verdaderos sentimientos de repulsa de las gentes contra el caos organizado por la chusma. —Brett Parker hizo una pausa para tragar una bocanada de aire, y concluyó—: Ahora ya tiene una idea de lo que ocurre aquí y puede valorar objetivamente el hecho de que ese cadáver saliese de mi almacén.

Skip se incorporó diciendo:

—No sabe cuánto le agradezco su información, Parker. Una última pregunta. ¿Ha visto a alguien en Phoenix con un lunar en la barbilla?

Brett se quedó un minuto pensativo, y por fin movió la cabeza negativamente, respondiendo al mismo tiempo:

—No; no recuerdo a nadie con esa marca.

—Bueno; le doy las gracias otra vez.

—¿Se marchará de la ciudad?

—Puede que me quede algún tiempo. Me gustan los lugares

excitantes. ¿Me recomienda un hotel?

—Vaya al Atómico. Dicen que es bueno. Lo verá en la calle principal. Es un edificio azul.

Quince minutos después, Skip se encontraba en el apartamento del Atómico. Tomó un baño caliente, luego una ducha fría, y se acostó durmiendo a pierna suelta hasta las ocho de la tarde, hora en que la oscuridad se había adueñado por completo de Phoenix.

Se vistió y pidió una conferencia a larga distancia. Cuando le dieron la comunicación, preguntó:

—¿Está ahí, Anne?

—¡Claro que sí! ¿Qué demonios quería que hiciese? ¡Planté al novio!

—Buena chica. ¿Cómo va el negocio?

—Los de la Brigada de Homicidios estuvieron muy atentos, sobre todo un teniente con un nombre raro, creo que Zuckerman. Yo le digo Superman, lo mismo que al personaje de las historietas infantiles, y al poli le sienta como un tiro. Resulta la mar de divertido.

—Está bien, ¿y qué más? Hable de lo que interesa. Los minutos corren.

—¿Cree que sólo sus minutos valen? ¿Y los míos?

Skip dio un suspiro de resignación y, sosteniendo el micro entre el hombro y la mejilla, encendió un cigarrillo, en tanto continuaba Anne:

—Se pusieron muy furiosos cuando se enteraron de que usted se había largado. Naturalmente, no dijimos adónde.

—¿Y Tim, qué tal se ha portado?

—Estupendamente bien. Tendrá que subirle el sueldo.

—De acuerdo. ¿Qué hay del cadáver?

—Se lo llevaron, y hasta el momento presente no sé nada. Ah, dejaron un centinela en la oficina.

—Gracias, Anne. La volveré a llamar mañana.

—¿Y se despide así? ¿Qué hay de sus andanzas por ahí?

—Voy prosperando. Ya le contaré. Cuídese, Anne.

—Usted lo necesitará más que yo. Abur, jefe.

Skip colgó sonriendo, y salió del apartamento. Bajó al comedor, donde se hizo servir una copiosa cena. Cuando pagó la nota, añadió tan buena propina, que el camarero estuvo a punto de romperse el

espinazo.

—¿Qué lugar de diversión me aconsejaría? —le preguntó Braden.

—Depende de la clase de diversión que prefiera, señor.

—Me gustaría jugar, ¿puede ser?

—Vaya al club Cigüeña. Verá el anuncio desde la puerta del hotel. Siete manzanas más arriba.

Skip salió a la calle y, como el mozo anunciara, descubrió la efigie de una cigüeña en luces neón color rojo.

Se hallaba a unas diez yardas del club, cuando el corazón le dio un vuelco al ver salir de un automóvil a la joven que había viajado con él desde Nueva York a Montgomery. Vestía un traje de noche de lamé oro, y llevaba al brazo un abrigo de visón blanco. Ahora, su hermosura era realmente prodigiosa.

Un hombre se apeó tras ella, y ambos echaron a andar, dialogando, hacia la puerta del club.

La muchacha no había visto a Skip, y éste vaciló unos momentos entre entrar en aquel lugar o elegir otro, pero finalmente una fuerza extraña empujóle tras la seductora hembra.

El Cigüeña era un buen establecimiento en su género; bien decorado y lujosamente amueblado.

Skip, después de dejar su sombrero en el guardarropía, penetró en un amplio salón, con pista de baile al centro, una orquesta de ocho profesores bajo un cielo raso al fondo, y un bar coquetón en el ángulo de la derecha. Acercóse a éste, y pidió un *whisky* a un mozo de ojos desorbitados y nariz roma.

Había mucha gente, y el negocio parecía marchar.

Con el vaso de licor en la mano, desparramó la mirada en tomo suyo, sin lograr descubrir a la dama que buscaba.

Hizo una señal al de los ojos de crustáceo y, mostrándole un billete de cinco dólares, dijóle:

—Quiero darle gusto a los dedos. Hoy es mi día de suerte.

El otro asintió, mientras se ocupaba en recoger el billete. Luego, levantó la cabeza, miró por encima de la de Skip, y contestó con voz aburrida:

—Vaya a la puerta de la izquierda. El caballero del clavel en la solapa le acompañará.

El tipo amante de las flores era robusto y fuerte como un

gladiador. Abrió la puerta de la que era cancerbero, al tiempo que extendía la palma de la otra mano en un gesto universal. Braden puso en ella un dólar, y mientras se internaba por un corredor oyó *2* sus espaldas un mugido reprobatorio.

El salón en que desembocó el pasillo era tan amplio como el que había dejado atrás, aunque lo ocupase menos público. Allí había ruleta, dados y otros juegos, destacando inconfundiblemente las mesas de póquer.

Skip encendía un cigarrillo, cuando sus ojos encontraron al hombre que había visto entrar con la joven. Estaba distribuyendo los naipes en una mesa cercana.

Acercóse lentamente y púsose detrás de un individuo de cabeza pequeña y cuello corto, que tenía en sus manos una doble pareja de ases y sietes.

—Me juego diez pavos —anunció éste.

El que le seguía, un obeso rubio con aspecto de agente de bienes raíces, soltó un resoplido y tiró sus cartas. A continuación estaba el hombre que había despertado la curiosidad de Braden. Frisaría en los treinta y cinco años, y su piel tenía un curioso matiz aceitunado. Los dedos de sus manos, largos y finos, acariciaron el borde de los cinco naipes que sujetaban, y después de un segundo de vacilación, dijo, empujando hacia el centro de la mesa las fichas y billetes que tenía ante sí:

—Yo me juego el resto.

El de los diez dólares tembló ostensiblemente.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Ciento setenta y dos, Barry —respondió, al instante, su antagonista.

Se hizo un silencio. Barry consultó una vez más sus naipes como si hubiese alimentado la esperanza de ver transformada su doble pareja en un espléndido *full*.

Finalmente tiró los naipes con un gesto de conformidad.

—Ha hecho mal, amigo —opinó entonces Skip.

Barry volvió la cabeza como un rayo, clavando sus ojos en el rostro de quien hablaba.

—Mirón, ¿eh? Bueno, ¿qué cree que tenía Luigi?

—Un simple farol.

—¡Qué se cree usted eso! Una escalera como mínimo.

Luigi acercó las posturas a su lado, y miró sonriendo a Skip.

—El señor está en lo cierto —declaró, poniendo boca arriba sus naipes.

Tenía cuatro diamantes y un pique.

—¡Ni siquiera una pareja! —exclamó el obeso, lanzando una carcajada.

Barry entrecerró los ojos de rabia, y dijo a Skip:

—Si tanto sabe, puede echar unas manos.

—Creo que aceptaré, si los demás caballeros están conformes.

Los otros tres jugadores dieron la callada por respuesta, y Braden se sentó en la silla vacía que había al lado de Luigi. Así que la mano siguiente le tocaba dar a él.

—¿Qué resto? —inquirió.

—Llevo perdidos ciento cincuenta —manifestó Barry.

—¿Son bastantes doscientos?

Skip sacó los billetes, y barajó los naipes cuidadosamente.

—Cinco dólares para diez —anunció el jugador de su derecha, cargado de hombros.

El anticuario dio de una en una. Barry puso los diez dólares exigidos para participar en el juego. El tipo gordo subió a veinte, siguiendo Luigi. Skip pintó sus naipes. Tenía dos reinas, un rey, un nueve y un siete.

—Dicen que la primera no hay que perdérsela —declaró jovialmente. Y colocó sus veinte dólares en el centro.

El que había puesto los cinco emitió un gruñido, y se retiró. Vino el descarte, y Barry pidió una, el obeso dos, Luigi tres y Skip dos, apoyando su pareja en el rey.

El gordo, que había pujado, se jugó veinte dólares más, y Luigi aceptó. A Braden le había llegado otra reina y un as. Tenía, pues, trío.

—Tiraré la casa por la ventana —dijo. Y empujó sus ciento ochenta dólares al centro.

Barry dio un respingo, y soltó sus naipes como si quemasen, arguyendo:

—Eso va contigo, Pete.

Pete, el grasiento, se puso lívido. Las venillas de sus sienes se hincharon, adquiriendo un suave tono violeta. Mordióse el labio inferior, y repuso:

—Está bien; pero yo sólo tengo ciento ocho pavos.

Luigi tiró sus naipes, diciendo a Braden:

—Su farol no prospera, amigo.

—No lo es. Y creo que gano.

Mostró el trío de reinas, y Pete terminó de desesperarse.

—¡El mío es de dieces! ¿Cómo sabía que ganaba?

—Me dejo llevar por las corazonadas —respondió Skip, recogiendo el dinero.

En aquel momento, una voz femenina preguntó:

—¿Se está desquitando de la pérdida de su apuesta, señor Braden?

Al levantar la mirada, sus ojos se encontraron con los de la hermosa morena. Unos ojos grandes, enormes, que se clavaban en el alma.

CAPÍTULO IV

Skip se incorporó sonriente, diciendo a la joven:

—Ahora sé por qué he ganado. Quédese, y partiré con usted los beneficios.

—¿Cree que le doy suerte? —inquirió ella, arqueando las cejas.

—Con usted a mi lado seré invencible.

Luigi se puso en pie también, oponiendo:

—La señorita Corday ha de venir conmigo. Tendrá que buscarse otra mascota, Braden.

Skip miró a Luigi y luego a la hembra, quien hizo un mohín manifestando:

—Lo siento, señor Braden. Estoy segura de que continuará su buena racha. Adiós.

—¿Puedo verla mañana? —preguntó Skip, rápidamente.

—No me encontraría en Phoenix. Hasta la vista.

Luigi cambió las fichas por dinero, y se alejó en pos de la muchacha.

Skip continuó jugando durante una hora, y ganó cincuenta y cinco dólares más. Después alegó una fuerte jaqueca y se despidió, encaminándose hacia la puerta que daba acceso al corredor.

Un sujeto de cejas espesas y nariz aplastada le cerró el paso, preguntándole:

—¿Qué tal se portaron los naipes?

El anticuario observó la cara del importuno. Tenía todo el aspecto del matón.

—No me fue mal —contestó.

—¿Se va ya?

—Mi abuelita me da el beso en la cama a las once.

—Buen muchacho; pero tiene tiempo de sobra. Son las diez y

media. Es costumbre que el jefe invite al que viene por primera vez a la casa.

—No me deja beber la gastritis. Dele las gracias a su jefe de mi parte.

Skip fue a sortear el obstáculo, pero éste le taponó de nuevo la salida.

—¿Y ahora qué? —inquirió Braden con el ceño fruncido.

—El jefe está empeñado en que usted fue el tipo que le salvó la vida en Sicilia. Quiere abrazarle.

—Yo hice la guerra en el Pacífico.

—¡Claro que sí, en el Pacífico! ¿Cómo se me ha podido olvidar?

Skip asintió diciendo:

—De acuerdo. Lléveme a ver a su ama de cría.

El otro apretó los dientes, indicándole con un movimiento que lo siguiese.

El despacho en que penetraron estaba medio a oscuras, iluminado tan sólo en algunos sectores por luces indirectas. Skip descubrió la figura de un hombre sentado ante una larga mesa.

—Éste es el fulano, jefe —anunció el que había hecho de guía.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió la voz ronca del envuelto en sombras.

—Skip Braden, natural de Gran Rapids, Minnesota, veintiocho años de edad, soltero. Tengo una cicatriz en la nalga derecha.

Un puño se hundió en el hígado de Skip, arrugándolo, al tiempo que le decían:

—Gracioso, ¿eh? Yo te enseñaré…

Fue a repeler la agresión, pero unos brazos poderosos le atenazaron por la espalda. El aroma de un clavel llegó a su nariz.

—¿Qué es esto? —inquirió rabiosamente—. ¡He ganado únicamente doscientos dólares!

—Serénese, Braden —exhortó la voz de ultratumba—. Será mejor para usted.

—¡Dígales a sus gorilas que me suelten, y empezaré a serenarme!

—¡Dejadlo!

Los sicarios obedecieron, y el jefe habló pausadamente.

—Señor Braden, no me ha gustado su visita. ¿Qué pretenden usted y su amiga?

—¿Mi amiga? ¿Qué amiga?

—¿Quiere exasperarme?

—¡Le digo que no sé de qué me habla! —De pronto, la mente de Skip se iluminó—. ¡Espere!… ¿Se refiere *a* la dama del vestido lamé oro?

—¿Me toma por idiota, Braden?

—No tengo culpa si lo es. Esa joven es una desconocida para mí.

El jefe pegó un puñetazo en la mesa, gritando:

—¡Adelante, Sam!

Sam, el amante de las flores, retorció el brazo de Skip, y luego lanzólo al aire utilizando una presa de lucha libre.

Braden dio con las espaldas en el suelo, pero levantóse de un salto. Vio que se acercaba un bulto, y disparó su pierna derecha. Un aullido le anunció el éxito del envío, reconociendo que lo soltaba el de las cejas espesas. En ese instante, un tanque se le echó encima escupiendo metralla. Le aplastaron el estómago, los riñones, las costillas, y poco después tuvo la sensación de que era un barco de la reserva al que estaban desguazando.

—¡Basta ya! —Oyó entre nubes de algodón.

Transcurrió un minuto, y fue recuperándose, sintiendo el sabor acre de la sangre en sus labios.

Una mano se introdujo en el bolsillo izquierdo de su americana, y salió con algo.

—Aquí está, jefe —oyó de nuevo.

Luego transcurrió otro minuto, y de pronto chilló la voz del que dirigía el concierto:

—¡Estúpidos cretinos!

—¿Qué pasa? —inquirió Sam, con evidente preocupación.

—¡No es el microfilme! ¡Es sólo una caja vacía!…

—¡Pero yo vi cómo ella le metía la caja!…

—¡Lo hizo para que la dejaseis marchar!…

—¿Es… es posible? —murmuró Sam, asombrado.

Skip intervino reprochando:

—¿Por qué no se cercioran antes de pegar?

—Lo lamento, Braden —respondió el jefe—. Todo ha sido un error.

—¿Sí? ¿Y quién me pone en su sitio la espina dorsal?

—Recibirá una compensación. Con cien dólares apenas sentirá el

daño. ¡Dáselos, Sam, y acompáñalo a la calle! ¡Por la parte trasera!

El tanque empujó a Skip contra la pared frontal, y abrió una puerta secreta. Internáronse por un corredor, y después de franquear otra puerta desembocaron en un callejón débilmente iluminado.

Sam extrajo su cartera, contó cien dólares y entrególos a Skip.

—¿Sabe, Braden, que cuando yo boxeaba no me pagaban tanto por zurrarme?

—Se puede decir que soy un tipo de suerte, ¿eh?

—¡Claro que lo es!

—Bueno, Sam. Nos veremos, otro día.

—Seguro; cuando quiera.

Braden iba a echar a andar, pero de repente miró hacia la bombilla que había arriba y dijo:

—¿Qué es aquello?

Sam levantó la cabeza, y entonces Skip le atizó un terrible gancho a la mandíbula. El ex boxeador se derrumbó estrepitosamente, quedando inmóvil.

Braden lo miró con lástima, y se alejó de aquel lugar.

CAPÍTULO V

Skip, en su apartamento del Atómico, tomó una ducha caliente y luego llamó por teléfono al bar, pidiendo que le subieran una botella de *whisky*. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando llamaron a la puerta. Dio permiso para entrar y apareció un botones de ojos avispados, llevando una bandeja que sustentaba una botella, un vaso y un recipiente metálico con cubitos de hielo. El muchacho dejó el servicio sobre la mesa y fue a retirarse esgrimiendo una sonrisa, pero Skip lo detuvo con un movimiento de la mano y le entregó un dólar, preguntándole:

—Tú serás de aquí, ¿eh, muchacho?

—Sí, señor. Nací en las caballerizas del señor Sullivan. Mi padre fue cochero suyo durante muchos años.

—Y como es natural, conocerás toda la ciudad.

—Para prosperar en mi profesión hay que tener los ojos abiertos… y a veces la boca cerrada.

Skip sopesó la respuesta, y como su interlocutor permaneciera con la mano de las propinas medio abierta, agregó otro dólar al primero.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Rube Casey.

—Bien, Rube —chasqueó la lengua—. Quizá me puedas hacer un favor. Necesito encontrar a un hombre.

—¿El que le ha puesto la cara como un mapa?

Skip dio un respingo, inquiriendo:

—¿Se me nota tanto? —Hizo una pausa, añadiendo sonriente—: Bueno; no importa. Estamos de moda los tipos duros. ¿Conoces a un individuo llamado Luigi?

—¿Luigi *el Político*? Es un tipo chiflado que va ahí haciendo

campaña electoral para que lo elijan senador, prometiendo un día de trabajo y seis de descanso.

—No; me temo que no es el Luigi que me hace falta. El mío es alto, de piel aceitunada…

—¡No siga! ¡Sé a quién se refiere!

—¿Dónde está?

—Sé su dirección. He estado algunas veces en su piso, llevándole clientes del hotel.

—¿Clientes del hotel? ¿Para qué?

—Me da cinco dólares por cada uno que le llevo. Ya sabe, allí arman su partidita.

—Está bien, ¿cuál es la dirección?

Rube Casey tosió, replicando:

—Luigi se porta bien conmigo.

Braden apretó los labios y sacó una vez más el fajo de billetes, del que separó uno de cinco dólares y tres de uno.

Cuando el botones tuvo en su poder el precio del soborno, manifestó:

—Calle Martín, 29, apartamento seis. Es la paralela a la nuestra. Sólo tendrá que doblar la esquina, subiendo por la acera del hotel…

Skip dio las gracias a su informador, y acompañólo hasta el pasillo. Regresó solo al *living-room* y se preparó un gran vaso de *whisky* con hielo. Después de ingerir el contenido en poco más de tres minutos, se dispuso a visitar a Luigi.

No tuvo dificultad en hallar el número 29 de la calle Martín. Era un edificio de ladrillo rojo, de no muy brillante aspecto. Penetró en el vestíbulo, descubriendo a un viejo que dormitaba en una mecedora. Anduvo con sigilo y ganó la escalera, ascendiendo tan ligero como una pluma.

Al hallarse ante la puerta número seis, llamó suavemente con los nudillos.

Transcurrió un minuto sin que llegase del otro lado ningún ruido. Entonces hizo girar el pomo y la puerta se abrió. En el interior reinaba la oscuridad.

Skip pasó dentro, cerrando a sus espaldas. Luego, extrajo una caja de fósforos, y encendió uno.

La habitación que se ofreció a sus ojos estaba en perfecto orden. Un tresillo guarnecido con chillonas cretonas, unas estanterías

empotradas en la pared con algunos libros, un mueble-bar en un rincón, y unas cortinas. Dirigióse hacia éstas, al separarlas vio una puerta entreabierta. La traspuso y se quedó repentinamente inmóvil, mientras le recorría un escalofrío la espina dorsal.

Sobre la cama del dormitorio estaba Luigi. El color de su cara era ahora violeta. Los ojos estaban fijos en el techo, y los labios aparecían teñidos por una espuma rosácea. Lo habían estrangulado con su propia corbata; una corbata de seda natural, roja, con el dibujo de una pequeña palmera negra en el centro.

El fósforo se consumió quemando los dedos de Skip, quien recuperó así el movimiento. Produjo otra llama, a cuyo resplandor registró el cadáver y la habitación, no encontrando nada que pudiese equivaler a una pista.

Súbitamente sonó el teléfono de la habitación de al lado, provocando en Braden un sobresalto.

El timbre continuó repiqueteando con sus breves intervalos, hasta que el anticuario se decidió a tomar el micro, cubriéndose la mano con el pañuelo.

—Sí —dijo, procurando que el tono de su voz se pareciese al del muerto.

—¿Es Luigi? —preguntaron al otro extremo del hilo.

—¿Quién había de ser? —replicó simulando irritación.

—¿Está la chica?

—En el baño. Dijo que quería refrescarse.

—Bueno; ¿liquidó el asunto?

Skip hizo una mueca tragando saliva, y después asintió.

—Todo salió bien.

—Magnífico. Entonces, conforme a lo previsto, el helicóptero tomará tierra a las dos de la madrugada en Cap Valley. Acompáñela hasta el último momento. Es lo pactado, ¿no?

—Descuide. Tengo una sola palabra.

—Buena suerte —deseó el desconocido. Y colgó.

Skip depositó el micro soltando un bufido. Tenía la frente bañada en sudor y la secó con el pañuelo.

En ese instante, abrióse la puerta, y una mano dio la vuelta al conmutador eléctrico. El repentino resplandor cegó a Braden.

—Bien —dijo una voz ronca—. Con las manos en la masa.

El que había hablado era un hombre de unos cuarenta años, con

aspecto de oso hormiguero. Tenía el hocico estirado, la barba muy cerrada y los ojos pequeños. Le acompañaba un individuo de cabeza cuadrada y brazos largos.

Antes de que el anticuario pudiera resistirse, las zarpas del oso le cachearon.

—Conque trabaja sin armas —comentó el oso—. ¿Cómo le dio el pasaporte?

El ayudante fue al dormitorio, encendió la luz, y se volvió diciendo con hastío:

—Lo hizo puré estrangulándolo con la corbata, Ransey.

El llamado Ransey miró a Skip, y preguntóle:

—*Jack* el Destripador.

Ransey entrecerró los ojillos, y tras un segundo de vacilación se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¿Lo has oído, Mac Dugal? ¡Hemos cazado a Jack *el Destripador*!

Mac Dugal se apoyó en el vano de la puerta, echóse el sombrero hacia la nuca y dijo con voz aburrida:

—Ese Jack armó la gorda en Londres, hace cincuenta años, jefe. Este tipo le toma el pelo.

El hocico del oso se entreabrió, mostrando unos dientes puntiagudos.

—Quiere burlarse de la policía, ¿eh? ¿Qué se apuesta a que se arrepiente?

Skip frunció el ceño, alegando:

—¿Y qué puedo hacer para convencerlos de que yo no he asesinado a Luigi?

—Ajá, luego lo conoce…

—Lo vi por primera vez esta noche en el Cigüeña. Jugué unas manos de póquer con él.

—Está bastante claro. Luigi lo dejó limpio, usted lo siguió hasta aquí y lo despachó.

—Pero da la casualidad de que yo gané. No tenía nada contra él.

—¿Tiene testigos?

—Tres: un tipo llamado Barry, de cuello corto y cabeza chica; otro gordo, apoplético, y un tercero cargado de hombros.

—Eso será fácil de comprobar —retrucó Ransey—. Conozco a los dos primeros, y deben de continuar en el club. No regresan a sus

hogares hasta bien entrado el día. Si ha mentido, puede ya encargar su funeral. —Tomó el teléfono, hizo la llamada y parloteó durante cinco minutos. Cuando colgó el auricular tenía la cara triste.

—De acuerdo —dijo, enfrentándose de nuevo con Skip—; usted se llevó el dinero. ¿Por qué está entonces aquí? No me dirá que ha sentido remordimientos y ha venido a devolverle lo que le ganó.

—Rube Casey, un botones del Atómico, el hotel en que me hospedo, me dijo que Luigi organizaba partidas en este apartamento. No tenía sueño, y me vine para acá pensando en que estaba en mi día de buena racha. Llamé, no me abrieron y me colé. Así descubrí el cadáver.

—¿Por qué no nos llamó en seguida?

—No descubro muertos todos los días. Me entró un sudor frío. Iba a telefonearles cuando aparecieron… ¿Quién les dio el aviso?

—Una mujer. —Ransey fue a echar el freno, pero ya lo había soltado.

—Siempre hay una en todos los líos —apuntó Braden.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en Phoenix City?

—Unos cuantos días. Y mi nombre es Skip Braden.

—¿A qué se dedica?

—Compro y vendo antiguallas.

—Corriente; puede marcharse, pero no se vaya de la ciudad sin avisarnos.

Skip respiró a pleno pulmón al pisar la calle, y cuando estuvo lejos del edificio consultó el reloj. Faltaba hora y cuarto para las dos. Acercóse a una parada de taxis y un conductor le informó sobre Cap Valley. Como distaba quince millas de allí siguiendo la carretera del Sur, tuvo tiempo para comer unos bocadillos y beber cerveza en un bar automático. A la una y quince se dirigió al garaje donde guardaba el convertible de Atkinson.

Cap Valley estaba situado entre dos pequeños montes, y era una pradera de fresca hierba de reducidas dimensiones, a un tiro de piedra de la carretera tal como le habían dicho. Oscureció los faros del automóvil, aparcando cerca de la cuneta.

La luna se hallaba en menguante, lo cual fue una ventaja para que se acercase sigilosamente a su objetivo.

Agachóse tratando de descubrir algún bulto sospechoso, y se cercioró de que toda la extensión herbácea presentaba el mismo

nivel.

Llevaba esperando diez minutos cuando oyó ruido de pasos que se acercaban por su derecha. Procedían de la ladera del monte más cercano.

Vio una figura, y se apretó más contra el suelo para evitar ser descubierto antes de tiempo.

Era la dama que lo había arrojado sin pestañear como comida a las fieras; la joven que había visto en compañía de un hombre que poco después moría asesinado; la hembra de rutilante hermosura cuyos actos teníanle sumido en la mayor confusión, hasta el punto de preguntarse si sería ángel o diablo.

Cuando los separaban diez yardas Skip se incorporó de un salto, preguntando:

—¿Lleva prisa, señorita Corday?

La bella, que vestía un traje sastre azul, soltó un gritito, deteniéndose.

El se le acercó, diciendo:

—¿Se asusta?… Me decepciona, preciosa.

—¿Qué hace aquí, señor Braden?

—Me cansaba la ciudad, y vine a respirar el aire del campo. Han sido demasiadas emociones para muy poco tiempo.

—¿Está resentido conmigo?

—¿Yo resentido? ¿Por qué? Sólo me metieron en un embudo para picar carne y casi me cargaron un asesinato.

—No tuve más remedio que hacer lo que hice.

—Dígame la causa. Quizá logre interesarme.

—Ya lo sabrá a su debido tiempo. Ahora me permitirá que guarde silencio.

—¡No se lo permitiré!

—¡Pues habrá de conformarse!

Skip la sujetó por los brazos, zarandeándola.

—¡Me va a decir ahora mismo quién es usted y a mostrarme su juego! —gritó, irritado.

—¡Me hace daño! ¡Suél… teme!…

En aquel momento oyeron el ronquido de un motor.

—¡Es el helicóptero! —exclamó la joven—. ¡Mírelo!…

Skip la soltó y giró para contemplar el aparato volador. Vio una luz verde flotando en la oscuridad, y de repente algo chocó contra

su cabeza. La luz verde pareció estallar en docenas, centenares, miles de estrellitas parpadeantes, y entonces sintió que sus piernas se negaban a sostenerlo y se hundió en la hierba.

Cuando empezó a recobrar el conocimiento creyó oír varios estampidos. Movió la cabeza de un lado a otro para despejarse con más rapidez. Un resplandor iluminaba Cap Valley.

Con un terrible dolor lacerándole las sienes descubrió que el helicóptero se hallaba ardiendo en tierra. Tres hombres se movían alrededor de la creciente hoguera.

—¿Estás seguro de que ella subió, Hugo?

—Claro que sí. ¿No la viste? —contestó el interpelado—. Está ardiendo en su propia salsa. El asunto queda así resuelto.

—No estaba mal la fulana —apuntó el tercer hombre—. Pero jugaba con fuego, y al fin se ha quemado.

Skip sintió que le embargaba una extraña sensación. La joven había perecido. ¡De la manera más horrible que puede uno morir! Y allí estaban los asesinos contemplando su obra. La rabia le brotó del corazón; corrióle confundida con la sangre, por las venas, y le anegó el cerebro. Dio un paso, notando que pisaba algo duro. Bajó la mirada y vio una pistola. Era el arma con que ella le había golpeado… ¡Y que le había dejado, quizá en el último momento, al verse acorralada, para que él se defendiese!

La recogió, y empezó a andar hacia el crepitante horno que era ahora el helicóptero.

—¡Eh, viene alguien! —avisó uno de los cuervos.

Instantáneamente, Skip apretó el gatillo, sonó un disparo, y el que había hablado se desplomó. Luego volvió el arma contra otro asesino, y lo tumbó de bruces metiéndole un proyectil en el estómago.

El único superviviente de la pandilla disparó su pistola sobre Braden con mucha precipitación para que pudiese hacer blanco, y el anticuario le pegó un balazo en un muslo abatiéndole sobre la hierba.

—¡Piedad! —gritó el bandido.

—¡Suelta la artillería! —le ordenó Skip.

El herido obedeció arrojando lejos de sí el arma, y Braden se le aproximó, inquiriendo:

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—Mike Lowe.

—¿Quién es?

El otro emitió un gemido.

—¡Dímelo o te juro que te levanto la tapadera de tu cabezota!

—El gerente del Cigüeña Club.

—¿Quién era la chica?

—Julia Corday, una periodista de Nueva York.

—¿Por qué la habéis matado?

—Tenía una cosa comprometedora para algunos.

Skip miró con tristeza el helicóptero en que Julia Corday hubiera podido encontrar la libertad. Era un montón de hierros retorcidos que aún llameaba.

De pronto, el aullido de una sirena cortó el aire.

Braden pensó que debía poner tierra por medio puesto que ya nada podía hacer en favor de la muchacha.

Abandonó al buitre herido, echando a correr hacia el lugar donde había aparcado el automóvil. Antes de que pudiera llegar a él oyó que el motor era puesto en marcha, y cuando pisó la carretera, el convertible había sido tragado por la oscuridad siguiendo la dirección opuesta a Phoenix.

Entonces, Skip echó campo a traviesa eludiendo el coche policíaco que se acercaba, y regresó a la ciudad.

CAPÍTULO VI

Llamó a la puerta, y al cabo de un rato ésta se abrió, apareciendo en el hueco Julia Corday. El la miró ceñudamente, diciendo:

—He venido en cuanto he podido.

—Gracias, señor Braden —contestóle la joven—. Pero, pase; hace frío en el corredor.

Skip entró en un apartamento de ocho dólares diarios.

Sam y el otro matón del Club Cigüeña bebían *whisky* sentados en un diván. Ambos levantaron la cabeza y sonrieron.

Julia estaba radiante con su traje lamé oro. Extendió el brazo hacia Skip, presentándolo:

—Mi parachoques, caballeros.

Los dos gorilas se incorporaron sin dejar de sonreír, y Sam rezongó:

—Bueno, será mejor que empecemos cuanto antes.

Skip adelantó la barbilla, cerrando los ojos, y Sam le conectó un izquierdazo lanzándolo contra la pared, pero al chocar con ésta fue devuelto como una pelota, y el segundo matón lo pulverizó con un *uppercut* que hubiera firmado Rocky Marciano.

Braden se desplomó y quedó medio desvanecido. Pudo oír, sin embargo, que los verdugos se despedían de la joven. Después sintió el frufrú del vestido de Julia y su perfume a heliotropo, y de repente los labios frescos de ella se unieron a los suyos. Sí, era el séptico cielo. ¿Qué importaba una paliza diaria si como premio tenía aquel beso?

—Otro —pidió con los ojos cerrados—, otro beso, Julia querida.

Pero lo que vino en seguida fue un terrible zarandeo y una voz ronca:

—Conque otro beso, ¿eh?… ¡Yo te daré algo que te gustará más!

Skip pegó un grito y despertó, irguiéndose de un salto en la cama.

Lo que vio lo dejó en la duda de si continuaba soñando. Un hombre cerca de la cabecera, con perilla y gafas, lo miraba haciendo una mueca. Otro hombre joven, rubio, de unos veintisiete años, estaba a su lado.

—¡Vamos, despierte de una vez, Braden! —chilló el de la perilla.

Skip pensó que los astrólogos tenían razón. Había soñado con una paliza y ahora venían a dársela. ¿Bajo qué signo zodiacal había nacido que en su Destino encontraba siempre un garrote? Decidió que valía la pena defenderse. Aquellos dos tipos no tenían armas en las manos, ni parecían tan fuertes como Sam o sus muchachos. Respiró, llenando de aire los pulmones, y brincó de la cama con la elasticidad de un canguro. Su puño derecho encontró en el camino las narices del rubio y aplastólas con la facilidad que le hubiera deparado un merengue. Pero su compañero anduvo listo y reculo sacando con velocidad un revólver.

—¡Quieto, Braden! —ordenó—. ¡O le prometo una corona de siemprevivas para mañana!

Skip se detuvo resoplando, mientras el rubio lanzaba un aullido de dolor.

—¡Escuchen, sarnosos! —gritó el anticuario, corroyéndole la rabia el corazón—. ¡No estoy dispuesto a que me pongan la mano encima!… ¡Será mejor que acaben cuanto antes y me descerrajen un tiro!

El rubio se apartó la mano de la cara manchada en sangre, barbotando:

—No sé cómo no me encargo yo de darle satisfacción, Braden…

Skip repuso:

—Pero no olviden que prefiero el heliotropo a las siemprevivas.

El que tenía la pistola se quitó con la mano libre la perilla y las gafas arrojándolas sobre la cama.

Skip ironizó:

—¿Viene de un baile de disfraces?

—No se haga el tonto. Estas cosas le pertenecen, Braden. Hizo mal en no deshacerse de ellas.

—¿Por qué?

—Da la casualidad de que en Nueva York un tipo se hizo pasar

por alguien importante para conseguir un puesto en el avión de Montgomery. —El que hablaba hizo una pausa, agregando—. Soy el teniente Zuckerman, de Homicidios.

Braden se quedó mirando al teniente como si se tratase del genuino Papá Noel.

—Superman… —Silabeó.

—¡Zuckerman! —corrigióle el policía, enrojeciendo de furor.

Skip se volvió hacia el rubio, señalándolo con el dedo.

—Entonces, éste…

—Larry Chandos —presentóse el propio interesado—, de la brigada de Narcóticos.

—Lamento la confusión —se excusó Braden—. Creí que venían a ultimarme.

—¿Con qué otros nos ha confundido? —inquirió Zuckerman enarcando las cejas.

—Pues… con nadie en concreto. Ya sabe cómo están los tiempos.

—¡Y un cuerno! ¿Va a ser ésa su actitud?

Skip dio un suspiro, preguntando:

—¿Qué quieren de mí? No acierto a comprender…

—¡Déjese de verborrea! —interrumpióle Chandos—. Se ha metido en esto hasta el cuello. ¡Dé un paso sin nuestra ayuda, y tragará tanto cieno que lo ahogará!

—Si se refiere a esa historia del disfraz… ¡no podrán probar nada! ¡Soy libre para emitir mi voto y para recorrer el país con perilla o en patinete!

—¡No se desmande, Braden! —exclamó Zuckerman—. Quizá le haga cambiar de opinión saber que el cadáver que usted recibió pertenece a un compañero de Chandos…

—¡No!

—Así es —dijo Larry—. Se llamaba Richard Webb.

El teniente guardó la pistola, diciendo:

—¿Está claro, Braden, o necesita que le presentemos un certificado del jefe de la brigada a que perteneció Webb?

—Admitiendo eso —repuso Skip—, no creerán que tengo algo que ver con su muerte, ¿o me equivoco?

—Ciñámonos a los hechos —sugirió Zuckerman—. Usted vio el contenido del arca y se vino para acá…

—Fui a Montgomery.

—Pero terminó cayendo por Phoenix, que es donde asesinaron a Webb. Montgomery era el final de su trayecto en avión. Lo primero que se le ocurre a una persona sensata respecto a su conducta, Braden, es que puso demasiado interés en que no se conociese su paradero. Apuesto a que lo sabía su secretaria, pero puede estar satisfecho de ella. No soltó prenda. ¿Y por qué se largó tan precipitadamente sin esperar la visita de la policía?

—Yo le contestaré esa pregunta, teniente —manifestó Skip—. Tenía que ventilar un negocio urgente.

Zuckerman sonrió envanecido.

—Qué interesante y qué casual. ¿Y me puede decir qué negocio era ése?

—Un tipo me escribió proponiéndome que le comprase la cama donde murió Cleopatra.

El teniente se puso lívido. La sangre se asomó a su cara y pareció ir a estallar.

—¡Es usted un farsante, Braden! Vino aquí para encubrir al autor o autores del asesinato.

—No pierda la cabeza, Joe —intervino Larry, conciliador.

—¿Que no la pierda? ¿Cree que voy a dejar que este ropavejero nos tenga en jaque?

—No abuse de mi cortesía, Zuckerman —advirtió Skip con cara angelical—. Ya es bastante que hayan pisoteado uno de mis derechos constitucionales violentando la cerradura de este apartamento…

El teniente, volviéndose de espaldas, se mesó los cabellos en un gesto de desesperación, y sugirió compungidamente:

—Vea usted si adelanta algo, Larry…

Chandos carraspeó y dijo:

—Usted ha llegado a Phoenix antes que nosotros, Braden. ¿Nos puede informar de lo ocurrido?

—¿En dónde? ¿A qué? Pero ¿ha ocurrido algo?

—Hace unas horas, en un terreno situado a quince millas de la ciudad, ha habido un tiroteo. Un helicóptero fue incendiado, y han aparecido tres hombres muertos, uno de ellos carbonizado en el aparato.

El corazón de Skip galopó como un caballo desbocado. ¡Tres

cadáveres de hombres! ¿Y el de Julia Corday? ¿Sería entonces ella quien se marchó en el convertible? ¿O era una treta de Chandos?

Decidió que debía darle más cuerda.

—Me acuesto muy temprano. Es una costumbre adquirida en la granja de mi tío Isaías —sonrió a Larry—. Tengo el sueño tan pesado que no oiría la explosión de una bomba atómica arrojada a los pies de mi cama.

Zuckerman hizo rechinar los dientes antes de exclamar:

—¡Usted no tiene ningún tío que se llame Isaías, ni jamás ha estado en una granja, ni sabe lo que es acostarse antes de las dos de la madrugada! Conocemos su vida punto por punto, Braden. Y también hemos hablado con un superviviente de ese tiroteo. Dice que pasaba por las cercanías de Cap Valley, y que al ver el helicóptero envuelto en llamas se acercó. Tres hombres se hallaban al lado de la hoguera, y uno de ellos disparó contra los otros dos. Entonces el testigo se volvió, echando a correr asustado, pero el asesino lo descubrió y tiró también contra él. Recibió un balazo en un muslo pero se arrojó al suelo y quedó inmóvil para que el otro le diese por muerto.

—¡Qué emocionante! —comentó Skip—. ¿Es posible que pasen esas cosas fuera de las películas?

—Aún queda lo mejor —advirtió el teniente.

—Suéltelo antes de que me coma las uñas de nerviosismo.

—El herido nos hizo una descripción del asesino. ¿Y sabe con qué persona coincide esa descripción?

—Con Richard Wirdmark. Todo el mundo sabe que es el perfecto homicida.

—¡Con usted, Braden!

—¡No!

—¡Desde la cabeza hasta la punta de los zapatos! ¡Haga ahora un chiste si puede!

—¿Qué es esto? ¿Un concurso radiofónico?

Larry levantó la almohada como distraído, y comentó poco después:

—Bonita sorpresa, ¿eh?

Skip giró como un rayo a tiempo de ver a Chandos agarrar la pistola que le había dejado Julia Corday.

Zuckerman abrió los ojos como platos, y la cara se le iluminó de

jovialidad.

—¡Ajajá, una pistolita! ¿Qué hace con ella, Braden? ¿Mata los insectos de la cama?

—¿Un arma yo? —farfulló el anticuario—. Jamás la he usado. Ha debido dejarla el último huésped que durmió en esta habitación.

—Caramba, pues tiene usted suerte —opinó Chandos—. Es del mismo calibre a que pertenecen las balas que acabaron con los hombres de Cap Valley…

Zuckerman esgrimió una sonrisa de triunfo.

—Qué lástima, señor Braden —declaró—. La gente es muy desconsiderada. Ese último huésped ignoraba de seguro la situación que le creaba a usted con su olvido…

Skip clavó sus pupilas en las del teniente, y preguntó:

—¿Me va a hacer detener?

—Mi jurisdicción acaba saliendo de Nueva York. Lo hará otro en mi lugar. La policía local me felicitará cuando les haga entrega de la pistola. ¿Vamos, Larry? Creo que ya no nos queda nada que hacer aquí.

Los dos policías se dirigieron a la puerta. Chandos, con el arma en la mano, giró sobre sus talones para decir:

—Desde luego tendrá más complicaciones, Braden. El automóvil que le prestó Atkinson ha sido encontrado hecho polvo en un barranco, a cinco millas de Cap Valley…

Skip no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Encontraron a alguien? —preguntó.

—No. ¿A quién se lo dejó?

—Lo eché de menos anoche, en el lugar donde lo aparqué.

—Un robo, ¿eh? —El de la brigada de Narcóticos emitió una risita irónica—. Bueno, hasta la vista, Braden.

Zuckerman abrió la puerta, y después de echar una mirada compasiva al anticuario salió seguido de Larry.

Apenas Skip quedó solo, sacó un cigarrillo del paquete que tenía sobre la mesilla de noche y le pegó fuego por uno de los extremos, fumándolo mientras paseaba nerviosamente, a grandes zancadas, por el dormitorio. Al cabo de un rato aplastó la colilla en él cenicero y descolgó el micro, poniéndose en comunicación con el comptoir.

—Oiga: ¿está por ahí Rube…? ¿Entra a las nueve? Bien, ¿querrá

hacer el favor de enviármelo cuando llegue…? Sí, apartamento cuarenta y nueve… Gracias.

Tomó una ducha fría cantando la última canción de Mario Lanza, y luego de vestirse bebió dos vasos de *whisky* para entrar en calor.

Ahora estaba tranquilo habiendo llegado a la conclusión de que Chandos no entregaría a la policía local la pistola que halló bajo la almohada. Larry y Zuckerman reservarían esa baza para jugarla en el momento decisivo.

A las nueve y cinco compareció Rube con un flamante traje recién planchado.

—¿Deseaba verme, señor Braden? —preguntó cuando Skip lo hubo hecho pasar.

—Tú ya sabes que soy forastero, muchacho. No he tenido tiempo de conocer bien Phoenix. ¿Qué sitio elegiría para esconderse una persona perseguida?

—¿Aquí?

—Sí.

—Se ha metido en un buen lío, ¿eh?

—No se trata de mí, Rube. Busco a alguien que por ciertas razones debe de hallarse escondido.

—Entendido.

Skip sacó dos billetes de cinco dólares y se entretuvo en alisarlos mientras el botones contemplaba la operación con evidentes deseos de apropiárselos.

—Pues verá, señor Braden. Naturalmente, Phoenix no es Nueva York. Aquí hay pocos lugares donde uno pueda permanecer mucho tiempo burlando una persecución. No sabe cómo las gastan esas pandillas de jugadores profesionales. La ciudad entera depende de ellos, y cuentan siempre con los soplones…

—Bueno; supongamos que el acosado fueses tú; ¿adónde irías?

Rube se rascó el cogote, frunciendo el entrecejo.

—¿Yo…? —Estuvo pensativo unos segundos, y de pronto chasqueó los dedos, exclamando—: ¡Ya está! ¡Iría a Sapper *Cross*!

—¿Sapper *Cross*? ¿Qué es eso?

—Un lugar al este de la ciudad. Es una explanada muy grande.

En el rostro de Skip se reflejó la decepción.

—¿Estás seguro de haberte dado cuenta de lo que te pregunto,

Rube? ¿Crees que una explanada…?

—Ahora hay allí instalado un parque de atracciones —le interrumpió el botones—. Ya sabe, circo, *Carrousel*, tiro al blanco… Todo el que posee un automóvil en cien millas a la redonda se deja caer por Sapper *Cross* para divertirse.

Braden alargó los billetes a su informador, diciéndole:

—Tómalos, hijo. Creo que te los has ganado. ¿Me harás otro favor?

—Naturalmente —sonrió Rube—. ¿Qué es?

—No des a nadie referencia de esta conversación. ¿Trato hecho?

El empleado movió la cabeza en sentido afirmativo guiñando un ojo.

Treinta minutos más tarde Skip se hallaba en Sapper *Cross*, contentándose con echar una ojeada al inmenso campamento, por cuanto a aquella hora todo el personal del espectáculo estaría durmiendo. Regresó a la ciudad, y después de comer unos bocadillos se sumergió en un cine que daba un programa de actualidades. A las doce y media pisó de nuevo la calle, y dedicó la hora siguiente a que lo afeitasen y al propio tiempo lustrasen sus zapatos en una peluquería. Cerca de las dos compró un diario y ocupó un taburete de un bar, donde bebió y leyó. A las tres menos cuarto se puso en camino hacia el parque de atracciones. Cuando llegó, algunas de ellas ya funcionaban. A la puerta de uno de los barracones se exhibía un gigante de envidiable musculatura que levantaba pesos de cien kilos como si fuesen de cartón. Un hombre de nariz torcida gritaba las excelentes cualidades que tenía el atleta, prometiendo «nuevos y sensacionales números de fuerza en el interior del local, que podían ser contemplados por el risible precio de veinticinco centavos».

Skip pasó de largo, deteniéndose ante un cobertizo en que se auguraba el porvenir a cada ciudadano, «nada menos que por la famosa astróloga *Madame* Zenobia». Pensó que cincuenta centavos era un precio barato por saber si hallaría en Sapper *Cross* lo que estaba buscando.

El interior del recinto estaba adornado con búhos disecados, serpientes paralíticas y pezuñas de buey. El aire se hallaba impregnado de un nauseabundo y pestilente olor a azufre quemado.

Skip tosió un par de veces, saltándosele las lágrimas de los ojos,

y ello fue la señal para que apareciese *madame* Zenobia, una mujer vestida a la usanza árabe con media cara cubierta por un velo.

La pitonisa invitó al cliente a que se sentase ante una mesa sobre la que había una bola de cristal.

Zenobia hizo unos pasos mágicos con las manos, fijando en la bola los ojos desorbitados, y empezó a hablar:

—Veo una mujer. Te persigue.

—Soy yo quien la persigue —murmuró Skip—. ¿Dónde está?

—La necesitas —siguió diciendo la hechicera, sin responder a la pregunta—. La quieres. No puedes vivir sin ella.

—Déjese de monsergas, abuela. Vaya al grano.

Madame fulminó a Skip con la mirada, reconviniéndole:

—¡Todo se compone de partes! Ya llegaremos a eso.

—No me ha entendido, Zenobia. Tengo razones para suponer que una joven morena de ojos negros y estupenda presencia se refugia en uno de los barracones. No quiero que la descubra en ese pedazo de vidrio, sino que me diga si recuerda haberla visto por ahí fuera.

La pitonisa dio un suspiro y se quitó el velo mostrando el rostro de una mujer de unos cincuenta años.

—¿Morena con ojos negros? —inquirió—. ¿No puede dar más detalles?

—Es muy bonita, y quizá se haya presentado vistiendo un traje sastre azul.

—¿Llegó esta mañana?

—¡Es posible!

—Joe Holliday ha tomado una chica nueva. Eso es lo que he oído decir durante el almuerzo.

—¿Quién es Joe Holiday?

—El sultán de Karpurtala. Presenta a sus bayaderas en El Palacio Hindú. Salga al exterior y continúe calle abajo, después tuerza a la derecha, y lo tendrá frente a sus narices. Se trata de la esposa de usted, ¿verdad? Ese Joe es incorregible. A fuerza de interpretar su papel, se cree con derecho a un harén.

Braden se incorporó, dejó un dólar sobre la mesa, y salió fuera.

Sobre el tablado delantero que se alzaba ante la puerta de El Palacio Hindú, cuatro bayaderas se contorsionaban al ritmo de la música oriental que escupía un altavoz resfriado.

Las cuatro tenían la cara tapada, y Skip indagó el color de sus ojos, encontrando un par tan negros como el ala de un cuervo.

Un tipo se desgañitaba vociferando:

—¡Contempladlas, amigos! Cuatro muestras de las cien huríes que en el interior de este palacio os mostrarán sus encantos y los de la India milenaria. ¡Cancos y bailes ancestrales que os trasladarán a un país le ensueño…! ¡Por un solo dólar, señoras y caballeros…! ¡Apresúrense a ocupar sus localidades porque va a empezar el espectáculo…!

Skip sacó su billete y transpuso el umbral del «palacio», cuyo interior estaba lamentablemente decorado con cartón de colores desvaídos. Ocupó una silla, y esperó el comienzo del número. Veinte personas habían meado en el anzuelo.

Al fondo había un telón corrido. Varios espectadores se mostraron inquietos por la tardanza y empezaron a menudear las protestas.

Finalmente, un calvo y dos larguiruchos se sentaron delante del escenario, tomando posesión de un piano y dos violines.

La pequeña murga inició su trabajo, y el telón se descorrió, apareciendo en el escenario, la sala de recepciones del sultán de Karpurtala. Éste se hallaba sentado sobre cojines en actitud de indolente aburrimiento, mientras un negrito lo abanicaba.

En ese instante, una voz susurró cerca de la oreja derecha de Skip:

—¿Lo pasa bien, señor Braden?

El anticuario giró la cabeza, descubriendo a sus espaldas, en la fila posterior, a Sam, el gorila del Cigüeña, quien le ordenó:

—¡Quédese donde está, Braden! Hay dos muchachos en la puerta con instrucciones de disparar sobre usted si intenta escapar.

—¿Qué quiere? —inquirió Skip.

Sam sonrió, respondiendo:

—No hemos hecho más que seguirle. Sabíamos que terminaría llevándonos adonde estuviese la chica.

Braden palideció, maldiciéndose interiormente por no haber contado con los *gángster*.

¿De qué forma iba a salvar ahora a Julia Corday?

CAPÍTULO VII

Por uno de los laterales empezaron a salir hermosas huríes envueltas en sugestivos velos. En total fueron quince, número que no se aproximaba ni por casualidad al centenar sugerido por el voceador de la puerta. Pero el público no notó la diferencia porque la *troupe* del escenario era digna del sultán más exigente. Quince mujeres hechas de carne sonrosada y gráciles formas que se movieron al unísono con encantadores movimientos.

Skip observó detenidamente los rostros de las hermosas, en parte cubierto, y aun cuando halló tres *pares* de ojos negros, ninguno de ellos los identificó como perteneciente a Julia Corday.

Pensó que debía poner en práctica un plan que acabase con la persecución de que era objeto por parte de Sam y sus muchachos.

Miró con insistencia a la bayadera que más podía parecerse por su físico a la periodista, y al fin consiguió que ella se fijase en él. Hubo un diálogo mudo que terminó con un elocuente guiño de la morena.

Skip levantó una ceja, al tiempo que movía casi imperceptiblemente la cabeza.

—No se esfuerce, Braden —advirtió Sam por detrás—. La paloma cayó en las redes.

El anticuario se volvió con un gesto suplicante.

—No le harán daño, ¿eh, Sam? —dijo en voz baja.

El matón acabó de tragar el cebo.

—Claro que no. Si es tan buena chica…

Durante diez minutos evolucionaron las bailarinas, y después acabó la sesión.

Skip se puso en pie, y cuando salió al pasillo, Sam se interpuso en su camino.

—No se vaya, Braden.

—Sé que he perdido —convino Skip—. No es mucho porque apenas me unía a esa mujer una corriente de simpatía. Si me dice que no le harán nada, me quedo sin vela en el entierro.

—Estoy a punto de llorar, Braden.

—Bueno, creo que es hora de volver a casa —concluyó sonriente el anticuario—. Mis pequeños me estarán echando de menos…

Hizo un ademán de apartar al forzudo, pero éste lo agarró enérgicamente del brazo, ordenándole:

—¡Ya basta, detective! ¡Va a acompañarnos a los camerinos!

—¡Pero mis hijos me esperan!

—¡Déjese de eso! —Hizo una señal a sus ayudantes, y éstos acudieron al instante—. ¡Vamos, eche a andar!

Skip dio un suspiro, y movió las piernas hacia la escalerilla del escenario.

Una vez arriba doblaron por donde habían desaparecido las bayaderas, encontrando un pasillo con dos puertas a cada lado.

Detuviéronse los componentes del grupo, y Sam inquirió:

—¿Dónde está ella, Braden?

El interpelado vaciló entre llamar a una u otra puerta. Entonces abrióse una de éstas, apareciendo una rubia en traje de calle.

—Caramba, cuántos admiradores…

—Productores de Hollywood, querida —le corrigió Skip con suficiencia—. Tienen un gran espectáculo.

—¿Usted cree? He oído decir que no vale un pepino.

Sam le pegó un pisotón a Braden, quien fue a lanzar un alarido, pero se contuvo al sentir en el riñón el hocico de un revólver.

—Adiós, querida —despidióse de la rubia—. Me refería solamente a una de sus compañeras…

La bailarina se sintió ofendida.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Qué puede tener ella que no tenga yo…? ¡Las hay con suerte…! —Y se marchó hecha una furia.

Sam advirtió:

—Si vuelve a soltar otro cuento mañana lo recogerán convertido en un colador, Braden. ¡Decídase de una vez!

Skip asintió, golpeando con los nudillos la puerta más cercana.

Otra bailarina, también rubia, apareció en el hueco del umbral.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—¿Puede avisar a Julia? —retrucó Skip.

La muchacha puso los brazos en jarras, e inquirió:

—¿Julia qué más?

—Julia Corday.

—No hay ninguna Julia Corday entre nosotras.

Braden esbozó una sonrisa apurada.

—Claro que no, Julia debe utilizar un nombre de batalla.

Su interlocutora movió la cabeza hacia el interior, gritando de mala gana:

—¿Hay alguna Julia Corday entre vosotras, chicas? ¡Ali Khan pregunta por ella…!

Se oyeron algunas risas femeninas, pero ninguna voz contestó al requerimiento.

—¿Está contento ahora, pollo? —dijo la rubia con cierto sarcasmo. Y cerró de un portazo.

Instantáneamente Skip disparó sus puños. Sam recibió uno en el estómago, y se derrumbó. Otro fue a parar a las narices de uno de los sicarios, el cual soltó un gemido ululante. Antes de que el tercer hombre pudiera recobrarse de la sorpresa, recibió un patadón en el bajo vientre, desplomándose sobre Sam.

Skip echó a correr desesperadamente por el pasillo, y en pocos segundos ganó la calle. Luego, sin detenerse, tiró hacia la izquierda, procurando mover las piernas lo más aprisa posible. A diez minutos de la refriega se consideró a salvo por el momento, y detúvose para sacar el sudor que le bañaba la cara.

Vio un gentío numeroso que se agolpaba delante de uno de los barracones, y consideró que sumándose al público pasaría totalmente desapercibido. Abrióse paso a codazos, hasta hallarse entre los primeros espectadores.

Todos contemplaban embelesados a un par de marionetas que se movían con su característica gracia, sosteniendo diálogos con el público. Uno de los personajes era Alicia, la del País de las Maravillas, y el otro un cerdito de cara traviesa.

De pronto, Skip se estremeció al oír a Alicia. Le pareció que aquella voz era muy parecida a la de Julia Corday. Prestó más atención, cada vez le pareció encontrar más coincidencias entre el timbre de voz de la mujer que prestaba su garganta a la muñeca y el de la periodista.

Resuelto, abandonó el puesto que ocupaba y dio la vuelta al barracón, hallando una puerta que empujó, colocándose en el interior.

Las voces de los que manipulaban con las marionetas le llegaron más claras, y siguió andando hasta descubrir detrás de un telón a un hombre, y un poco más allá a Julia Corday. Un jersey blanco moldeaba el busto de la joven.

—¿Qué busca aquí?

Skip se volvió, sobresaltado. El que había hecho la pregunta era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ancho tórax y bocaza enorme, quien explicó:

—La entrada para el público está por delante…

—El caso es que vengo a saludar a mi prima.

—¿Qué prima?

—Alicia —sonrió el anticuario.

—Ah, es Katie… ¿Lo citó ella?

—No; es una sorpresa que le preparo.

—¿Quiere que la avise?

—No, gracias. Esperaré a que termine.

El bocazas, hizo un movimiento afirmativo, y pasó junto a Skip para dirigirse adonde se hallaban los que accionaban los hilos de los muñecos.

Transcurrieron cinco minutos más antes de que terminase la representación efectuada para atraer espectadores a la taquilla del teatrito.

Skip se puso de espaldas, y cuando sintió que Julia se le acercaba por detrás, giró, enfrentándose con ella.

El rostro de la periodista cambió de color.

—¡Usted! —exclamó.

—Echaba hoy de menos la ración de palos, y aquí me tiene —dijo Braden.

—¿Por qué no me deja en paz?

—Porque la curiosidad no me deja dormir. ¿Qué es lo que ha hecho para que tenga pisándole los talones a esa jauría de lobos…? Y le ruego no vuelva a repetirme lo de que lo sabré a su debido tiempo.

La joven parpadeó, mordiéndose el labio inferior.

—No sé si debo confiar en usted, Braden.

—Haga la prueba. Se encuentra acorralada, y lió podrá salvar el cerco sola. Déjeme que la ayude.

—De acuerdo, pero ha de esperar a que termine la función.

—No puedo darle más crédito, Julia. Sería capaz de huir otra vez.

—Le doy mi palabra de que ahora me tendrá a su lado.

Skip vaciló unos segundos, y repuso:

—Está bien. La esperaré, pero le haré una advertencia. Si se marcha, regresaré a Nueva York inmediatamente.

—No se preocupe, Braden. No le volveré a fallar. De veras que lo necesito.

Julia hizo su papel en la función, y al finalizar ésta, como había prometido, se unió a Skip en la parte trasera del local.

—¿Conoce algún sitio donde podamos hablar? —preguntó él.

—Dentro de un rato comienza la sesión de la tarde en el cine. Es un buen lugar.

Skip sacó dos entradas de graderío, y poco después sonreían ambos como niños al hallarse en los duros asientos mezclados con un público chillón que devoraba helados y cacahuetes.

—¿Cómo se libró anoche? —preguntó Skip a la joven.

—Dispararon sobre el helicóptero antes de que despegase, y al incendiarse el motor me arrojé por el lado contrario adonde se hallaban los asesinos. ¡Pobre Tom! —La voz de Julia se quebró.

—¿Tom era el piloto?

—Sí; debieron alcanzarle con una bala, y allí se quedó. El, que quiso siempre hacer el mejor reportaje… he dado oportunidad a que lo hagan sobre su muerte.

—¿Eran compañeros?

—Sí; pertenecíamos ambos a la redacción del *Star* de Nueva York.

—¿Qué demonios ha venido a hacer en este avispero, Julia?

—Me enteré de que un buen amigo mío venía a Phoenix siguiendo la pista de un contrabando de narcóticos y conseguí que el director de mi diario me diese carta blanca en el asunto. Para entonces mi amigo llevaba unos días aquí, y le llamé desde Nueva York anunciándole mi viaje. Me dijo que si cuando yo llegase él no estaba en la ciudad, me dirigiera al Cigüeña Club y hablase con Peter Arno, a quien daría instrucciones. Me puse en camino, y lo

conocí a usted en el avión de Montgomery. Al separarnos vine a Phoenix en automóvil.

—Luigi fue quien le acompañó desde Montgomery, ¿no?

—Sí. El director del *Star* lo conocía y consiguió que me prestase ayuda a cambio de buenos dólares. Pero llegamos a Phoenix, y…

—Su amigo Richard Webb había desaparecido.

—¿Cómo lo sabe?

—Hubiera podido decirle más cosas de Webb en el avión, de haber conocido entonces todo lo que ahora me cuenta. Richard me fue enviado dentro de un arcón a Nueva York.

—¿Quiere decir… que lo mataron? —inquirió ella, estupefacta.

—Sí, lo mismo que a Luigi.

Entre ambos se hizo un silencio. En la pista, tres payasos se pegaban bofetadas con el consiguiente jolgorio del público.

—¿Quién es usted, Braden?

Skip sacó una tarjeta de su cartera y la entregó a la muchacha, quien después de leerla preguntó:

—¿Por qué se metió en todo esto? Se hubiera podido lavar las manos enterando de lo ocurrido a la policía.

—No vi claro el negocio y pensé que algún buen amigo podía hallarse en un aprieto. Además, siempre me han gustado los misterios y las mujeres bonitas que uno encuentra tratando de hacerlos más misteriosos todavía… Pero, continúe usted. ¿Qué ocurrió la noche que recibí la primera paliza en el Cigüeña?

—Naturalmente, entré con Luigi, y mientras él jugaba una partida para despistar, yo perdí algún dinero en la ruleta. Peter Amo se me dio a conocer y me entregó una cajita diciendo que tenía que sacarla de Phoenix cuanto antes. Cuando nos separábamos, vi una sombra y me di cuenta de que habíamos tenido testigos de la cesión. Entonces volví a la sala y al verlo a usted se me ocurrió quedarme con el contenido de la cajita y de depositarle ésta, vacía, en el bolsillo.

—Fue un buen truco.

—Siento que por mi culpa recibiese unos golpes.

—Olvídelo. ¿Qué pasó después?

—Salí a la calle, y esperé a Luigi, marchándonos juntos a su apartamento. Teníamos que esperar una llamada de Montgomery anunciándonos la hora de la llegada a Cap Valley de un helicóptero.

Tom estaba en Montgomery con la consigna de llamar todas las noches a Luigi, hasta que éste diese la conformidad a su traslado a Phoenix. Pero antes de que sonase el teléfono, oímos los frenos de un automóvil en la calle. Luigi entreabrió los visillos de la ventana y vio que se apeaba ante la casa una pandilla de asesinos. Me dijo que huyese por la escalera de incendios, asegurándome que a él no le pasaría nada y que les daría esquinazo en seguida. Yo tenía que esperarlo en un oscuro callejón cercano. Así lo hice, pero pasaron los minutos y Luigi no venía. Entonces como el automóvil se había ido, regresé al apartamento de Luigi y lo encontré muerto… —Julia hizo una larga pausa, añadiendo después—: Decidí ir a pie a Cap Valley y esperar a que llegase Tom. Me quedaba la débil esperanza de que hubiese llamado a Luigi antes de ser asesinado…

—Yo recogí el mensaje y fui a Cap Valley. En cuanto a Luigi, debieron obligarlo a decirles el lugar donde tomaría tierra el helicóptero, aunque no la hora, porque no lo sabía… ¿Por qué me pegó en la cabeza cuando me encontró en Cap Valley?

—Estaba demasiado nerviosa y al oír el ruido del motor pensé sólo en escapar. Usted estaba allí pidiéndome explicaciones, y…

—Lo comprendo. Además me dejó su pistola que me sirvió de mucho. ¿Qué le ocurrió con mi automóvil?

—Al huir de aquel lugar lo vi en la carretera. Me figuré que sería suyo, pero era mi gran oportunidad. Arranque rápidamente, enfilé una curva cerrada a excesiva velocidad y sólo tuve tiempo de saltar antes de que el coche se destrozase. Luego pensé que no podría llegar muy lejos de Phoenix sin caer en poder de mis perseguidores. Empecé a pensar dónde podría refugiarme hasta lograr mi propósito, y de pronto recordé que Luigi me había hablado de un parque de atracciones. Yo había movido marionetas en mi pueblo natal, era miembro de la Agrupación de Jóvenes de Buenas Costumbres, conseguí una plaza en esa barraca donde me ha encontrado.

—Dígame ahora, Julia, ¿qué es lo que tiene usted y que esa gente busca con tanto ahínco?

—Sólo he podido comprobar que se trata de un microfilme.

—Eso es lo que dijo el hombre del Cigüeña, ante el que me presentaron los *gansters*. Pero ¿qué hay fotografiado en él?

—No lo he podido ver.

—¿Lo tiene en su poder?

—Sí; guardado junto a mi carne.

Los payasos se marcharon entre los silbidos del bullicioso público, cediendo la pista a un malabarista y una foca amaestrada, los cuales iniciaron su trabajo haciendo diabluras con cinco grandes pelotas de goma.

—Señor Braden… —empezó a decir Julia.

—Llámeme Skip —le interrumpió él—. Los amigos lo hacen así.

—Skip —rectificó la joven—. ¿Por qué le enviaron el cadáver de Richard?

—Hubo una confusión por parte de ciertas personas le debían mandarme una armadura metida en el arca, pero, naturalmente, ellas no saben nada de la presencia del cadáver… Lo que no comprendo es el acto de los asesinos para desembarazarse de él. En fin, ya llegarán a desentrañar el misterio.

—¿Quiénes?

—Hay en Phoenix City un teniente de la brigada de homicidios de Nueva York, y un compañero de Webb perteneciente a la de Narcóticos.

—¡Ellos son nuestra salvación!

—Nos será algo difícil ponernos en contacto con esos caballeros. La gentuza que quiere el microfilme no ha vacilado en matar a varias personas, y no vacilará en re tirarnos de la circulación a nosotros. Apuesto a que el teniente Zuckerman y el agente Chandos, sin saberlo ellos, se encuentran rodeados de una división de cuervos con la consigna de rociarnos de balas si pretendemos acercarnos a darles los buenos días.

—¿Y si intentásemos salir de la ciudad?

—Más imposible aún. Vigilarán carreteras, calles… ¡No habrán dejado un solo agujero sin su pareja de centinelas!

—Santo cielo, ¿qué vamos a hacer entonces?

—No lo sé. Yo creo que debiéramos prestar más atención al espectáculo. Quizá necesitemos un poco de entretenimiento. Nos ayudará a calmar los nervios y a encontrar una solución.

Durante la media hora que siguió, la pista fue ocupada sucesivamente por un funámbulo, un prestidigitador y un trío de trapecistas. Cuando uno de éstos se disponía a dar un doble salto mortal, los espectadores levantaron la cabeza dispuestos a no

perderse detalle de la arriesgada hazaña.

Skip aprovechó el momento para echar un vistazo entre el público, descubriendo que unos ojos estaban fijos en Julia Corday. Unos ojos de mirada maligna que pertenecían a un hombre de mala catadura.

Continuó su inspección, encontrando un nuevo rostro vuelto hacia donde la joven y él se sentaban.

En la más cercana puerta de salida, otro tipejo montaba guardia, sin importarle poco ni mucho el ejercicio de los trapecistas.

Estaban rodeados, y aquello era el circo; el lugar en que, según las carteleras, la muerte se daba cita con los artistas. Skip no dudó que la guadaña se cernía en aquella tensa atmósfera, pero no eran los cuellos de los trapecistas los amenazados, sino el de Julia Corday y el suyo propio.

CAPÍTULO VIII

Braden prefirió guardar silencio sobre lo que sucedía hasta que el número de los fieros leones del Atlas, último de la función, se ofreció al público.

La joven parecía haber olvidado las trágicas circunstancias porque había pasado desde que llegó a Phoenix City. Rió, palmeó y divirtióse, en suma, como una chiquilla a la que hubiesen llevado por primera vez al circo.

Por ello le fue más doloroso a él ponerla sobre aviso, entonces.

—Julia…

—¿Qué hay, Skip? ¿No es emocionante esto?

Pero había algo emocionante.

—Muchacha, debe conservarse como está. Sonriente y animosa.

—¡Claro que lo estoy! Hacía un siglo que no me divertía tanto.

—Estamos acorralados.

La periodista miró a Skip.

—¿Qué dice?

—Recuérdelo: ha de sonreír. Hay tres hombres pendientes de nuestros movimientos. Puede que haya alguno más, pero no se ha dado a conocer todavía.

—¡No se atreverán a atacarnos!

—Eso es lo que usted cree. Dispararán sin pestañear contra nosotros apenas salgamos al exterior.

—¡Podemos pedir auxilio! Allí veo policías.

—Deseche esa idea. Entonces no nos quedaría ninguna probabilidad de salvarnos, y sería peor, porque habría más víctimas. Continúe mirando el número… Yo, entretanto, pensaré algo.

Los minutos corrieron, y el espectáculo llegó al final. El público empezó a ponerse en pie para ganar la salida.

—Escuche, Julia —dijo Skip—. Cuélguese de mi brazo. Nos acercaremos a la puerta charlando como una pareja de incautos.

—¿Qué va a hacer?

—Será mejor que no lo sepa hasta que ocurra. Usted prepare las piernas para correr.

—¿No tiene con usted la pistola que le dejé?

—Se la llevó la policía. Ahora empiece a hablarme de cualquier cosa. Vamos, ría como una tonta. No deben suponer que estamos enterados de sus intenciones…

Mezclados entre la gente fueron acercándose a la puerta, teniendo Skip la mano derecha en el bolsillo.

La distancia que los separaba de la salida fue disminuyendo poco a poco.

Diez yardas, nueve, ocho…

—Skip, tengo miedo…

—¿Por qué ha de sentirlo ahora?

—No lo sé.

—Sonreía; acuérdese de ese chiste que contó el payaso y que le hizo tanta gracia…

—No puedo, Skip.

Dos de los asesinos a sueldo guardaron ambos lados de la puerta, junto a grandes macetas de cactos que les salvaban de ser arrastrados por la corriente humana. El otro estaría fuera.

Tres yardas, una…

De pronto Braden sacó la mano y arrojó al aire un montón de billetes. Al instante se produjo una conmoción en la muchedumbre.

—¡Dinero! —gritó alguien, soltando una carcajada—. ¡Llueve dinero!

Fue la palabra mágica para que se armase la baraúnda. Hombres y mujeres empezaron a saltar intentando capturar los papeles que caían por encima de sus cabezas. Los que estaban aún lejos se encresparon formando una ola que se abatió sobre los que ocupaban lugares de privilegio. Los espectadores que habían transpuesto el umbral, retrocedieron para participar en el botín.

Skip tiró de Julia, abriéndose camino con codos, rodillas y ataques de flanco.

El griterío hizo imposible distinguir una sola palabra. Skip arrojó otro puñado de billetes, y la confusión aumentó hasta convertirse en

un verdadero caos.

Los dos jóvenes siguieron avanzando, y ya habían pasado la puerta, cuando el anticuario descubrió cerca de él a uno de los forajidos.

En sus ojos leyó el deseo de matar, pero no le dejó extraer la pistola. Apartó a Julia y descargó un terrible mazazo en el estómago de su enemigo, el cual se arrugó lanzando un rugido. Skip no dio oportunidad a que se recobrase. De un preciso gancho de izquierda lo envió sobre un grupo de espectadores que luchaban por el dinero. Pero el *gángster* tuvo mala suerte. Tropezó en su camino con dos hombres y éstos, enfadados por la grosería del intruso, lo agarraron antes de que pudiera desplomarse y le atizaron una serie de directos a la cara, cambiándosela de aspecto en unos segundos.

Braden tomó a Julia en volandas avanzando con mayor rapidez. Dos de los asesinos habían quedado atrás, pero quedaba el tercero.

De súbito, casi se dieron de cara con él.

Era moreno, de piel intensamente bronceada, y ojos brillantes, desorbitados, como de adicto a las drogas. Tenía la mano derecha en el bolsillo de la americana, el cual abultaba extraordinariamente.

Skip dio un salto poniendo el cuerpo horizontal y mientras sesgaba el aire, sus dedos se aferraron como garfios a la muñeca armada, tirando enérgicamente de ella.

El *gángster* se vio arrastrado por el poderoso impulso, cayendo a tierra con su aprehensor.

Skip retorció la muñeca sin piedad hasta sentir el crujido de un hueso, que fue acompañado por un aullido de dolor. Después sacó sin dificultad la pistola que esgrimía el otro, y guardándosela, regresó junto a la periodista.

Ésta iba de asombro en asombro.

Desde que Skip lanzó el primer montón de billetes hasta que dejó fuera de combate al bronceado forajido, que se debatía aullando en el suelo, sólo habían transcurrido sesenta segundos.

—¿Qué era lo que impulsaba a aquel hombre? ¿Una turbina a reacción? Ya la había vuelto a sujetar, y corrían entre las atracciones alejándose del circo.

Un rayo cruzó a lo lejos el firmamento, dejando entrever la proximidad de una tormenta. Las nubes se estaban apoderando del cielo que cubría la ciudad.

—¿Adónde vamos…? —preguntó Julia entrecortadamente mientras volaba.

—¡Lo ignoro! ¿Puede darme una idea?

—¡No…! Pero creo que nos vamos a mojar…, si no buscamos un techo pronto…

La gente, ante el cambio brusco del tiempo, se apresuraba a abandonar el parque.

Empezaron a caer las primeras gotas.

—¡No estamos seguros en esta jaula! —exclamó Skip—. ¡Continuaremos hasta salir de ella!

Dejaron atrás los últimos barracones en el instante que las nubes abrían sus vientres enviando sobre la tierra un diluvio.

Los jóvenes quedaron empapados en muy pocos segundos.

El anticuario detuvo su rápido paso tan bruscamente que Julia habría caído si él no la hubiese sujetado por la cintura.

Sus cuerpos se tocaron, rozándose las caras.

Sus ojos se miraron fijamente. ¿Qué tiempo transcurrió? ¿Un minuto? ¿Un siglo? Sólo un minuto, porque continuaban mojándose. Julia se desasió del abrazo, diciendo:

—Yo sé nadar, ¿y usted?

Skip sonrió, replicando:

—No nos hará falta. He visto un estupendo lugar para guarecernos. Es allá bajo aquel puente. —Señalaba una carretera situada a unas cincuenta yardas de donde se encontraban.

—¡Magnífico! ¡Vamos!

Poco después llegaban al lugar elegido. Era mejor de lo que habían supuesto. El puente había sido construido para evitar un desnivel del terreno y aun cuando, por la lluvia que caía, existían probabilidades de que se formase una corriente de agua, ésta contaba con suficiente espacio natural para seguir su curso sin llegar a la empinada pared izquierda del ojo.

Braden cogió ramitas secas, hojas, papeles y todo cuanto encontró apto para servir de combustible.

Julia estaba de pie, junto a la pared, escurriéndose el agua del cabello. El suéter y la falda se habían adherido a su piel modelando las suaves curvas de su escultural cuerpo.

El anticuario, en cuclillas, prendió fuego al material reunido, y cuando volvió la cabeza para decir algo se quedó sin habla.

—¿Le ocurre algo, Skip? —inquirió ingenuamente la muchacha.

—No… —tartamudeó él—. No es nada… Podía quitarte todo eso y sacarlo al fuego…

—No es necesario —repuso la periodista. Y en ese instante estornudó.

Braden se despojó de la chaqueta, diciendo:

—Vamos, quítese ese jersey y póngase esto. No ha llegado a calarse del todo…

Hubo un diálogo mudo entre sus pupilas, y al fin él asintió, dando la espalda a la joven mientras chasqueaba la lengua.

Pasaron dos minutos.

—Ya puede volverse, Skip.

Giró sintiendo un cosquilleo en la espalda.

Julia se cubría con la chaqueta, y bajo ésta mostraba una combinación negra de fino encaje.

—Se apaga su hoguera, Skip —le recordó la hermosa periodista.

—¿Usted cree? —contestó él sin darse cuenta.

Julia sonrió, y entonces Skip se percató del juego de palabras y apresuróse a reunir un nuevo haz de combustible, teniendo la suerte de hallar al otro lado del puente dos troncos que ya debieron de ser utilizados en una anterior hoguera.

Cuando creció la llama, se pusieron de rodillas sosteniendo cada cual una prenda femenina.

—¿Por qué es periodista, Julia?

—Ha constituido mi mayor ilusión desde que era niña.

—Pero ha podido elegir otro reportaje menos peligroso. Yo colocaría a su director en un manicomio por haberla autorizado a meter su naricilla en esta condenada olla de Phoenix.

—¿Qué sabe al respecto?

—Que aquí se hace todo cuanto está prohibido por la ley, y que será difícil apretar el cinturón a los que se han acostumbrado a engordar sus cuentas corrientes sin importarles los medios.

—¿Por qué no le pone usted el cascabel al gato?

—¿Yo? No bromee, Julia. Confieso que me gustó la aventura al principio, pero ahora me doy cuenta de que es preferible largarse cuanto antes. Resulta imposible pretender hacer algo cuando uno encuentra, cada veinte yardas, una pistola apuntándole la barriga.

—No da usted muchos ánimos, que digamos.

—Esté tranquila en cuanto a nuestra seguridad. Tengo una pistola, y gané una medalla en el ejército por mi puntería.

—¿Acaso vamos a pasar el resto de nuestros días bajo este puente?

—Saldremos cuando anochezca, y nos procuraremos un coche.

—¿Y después?

—Pasaremos la frontera de Georgia, e intentaremos llegar a Columbus. Está cerca, y no nos llevará más de media hora.

—¡Pero será el lugar más vigilado!

—No podemos volver a Montgomery. Es lo que usted hizo cuando se llevó mi convertible, ya que no hubiese llegado muy lejos. Vigilarán estrechamente la frontera, como usted dice, pero vale la pena arriesgarse porque, si la cruzamos hay grandes probabilidades de que terminen nuestros apuros… ¿Por qué no intenta dormir un poco? Está cansado, y apuesto a que lleva más de veinticuatro horas sin pegar un ojo.

—Lo intentaré —convino Julia.

Skip le quitó el suéter de las manos, y ella se tendió junto a la hoguera, con la cara vuelta hacia el anticuario.

La lluvia caía con igual fuerza que antes, mientras la oscuridad se iba adueñando de la tierra.

—¿Cómo es su novia, Skip? —preguntó la joven.

—Es una plaza que está vacante.

—Le gustan todas demasiado para obligarse con una.

—¿Por qué dice eso, Julia?

—Tengo la impresión de que pertenece usted a esa clase de hombres difíciles de pescar.

—Bueno; admitiendo que así sea, quizá la causa esté en que todavía no he encontrado la mujer que vaya a mi temperamento.

—¿Y cómo es su temperamento?

Skip carraspeó, recorriendo con la mirada el cuerpo de la joven.

—Será mejor que duerma, Julia —dijo.

Ella sonrió, y cerró los párpados.

Minutos más tarde, dormía. Braden dejó a un lado de la fogata la falda y el suéter, y revisó la pistola encontrando el cargador completo. Sintió deseos de fumar, y acordóse de que guardaba en la chaqueta el paquete de cigarrillos y los fósforos. Miró a la joven, y, viéndola sumergida en profundo sueño, decidió estarse quieto por

completo.

Fueron transcurriendo los minutos, las horas…

Al fin cesó de llover, y el telón de nubes se fue descorriendo dando paso a las estrellas.

A las doce de la noche, Skip, se dio por vencido, y propúsose recuperar el tabaco poniendo el máximo cuidado en no despertar a Julia.

Acercóse a la durmiente percatándose de que lo que necesitaba se hallaba en el bolsillo sobre el que ella descansaba. Deslizó la mano por el costado de la periodista, manteniéndola quieta unos segundos de vez en cuando, pero cuando ya rozaba el borde del bolsillo, Julia movióse y él se estremeció, retirando rápidamente el brazo.

La joven quedó ahora cara al cielo.

Skip esperó unos minutos, y finalmente con menos esfuerzo que antes, pudo hacerse con el paquete y los fósforos.

Estaba tan hermosa Julia que sintió deseos de besarla, y agachándose lentamente posó sus labios sobre los de ella. Al retirarlos, un ramalazo de sangre le subió a la cabeza. ¿Por qué había hecho aquello?

Se mordió el labio inferior, prefiriendo no contestar a la pregunta. Encendió un cigarrillo, y mientras fumaba paseó en torno a la pequeña hoguera.

La voz de Julia le sobresaltó.

—¿No llueve ya?

Al girar la vio sentada en el suelo, con una guedeja del negro cabello cubriendo el ojo izquierdo.

—Apenas ha dormido, Julia.

—El hambre me ha despertado.

—Qué tonto soy. No le pregunté respecto a eso. Pero lo arreglaré fácilmente.

—¿Cómo?

—Yo también tengo apetito. Me acercaré al parque de atracciones, y compraré unos emparedados y unas botellas de cerveza. En diez minutos estoy de vuelta.

—De acuerdo. Póngase la chaqueta. Mis cosas estarán ya secas.

—Creo que sí.

Skip la miró un instante a los ojos, volvióse a colocar de

espaldas, recibió la chaqueta, se la puso y echó a andar.

Poco más tarde encontró sin dificultad un barracón donde servían bocadillos y toda clase de líquidos. Después de hacer la compra vio una mujer que vendía rosas, y pagó veinticinco centavos por un ejemplar de radiante blancura.

Mientras andaba en la noche, silbó la canción: Hay una chica en este pueblo que me tiene sorbido el seso.

Distinguió a lo lejos el parpadeo de los leños encendidos, experimentando una sensación extraña en el pecho.

No supo explicarse la razón, pero de repente se encontró trotando, corriendo angustiosamente.

Al estar a cinco yardas del fuego, se detuvo, clavando los pies en la húmeda tierra. Su mirada buscó infructuosamente a la periodista.

—¡Julia! —llamó.

Pero sólo le contestó el rumor del agua que corría un poco más abajo.

—¡Julia! —gritó más fuerte.

Dos, tres disparos.

Procedían de uno de los puestos de tiro del parque de atracciones.

Súbitamente recobró el movimiento. Sacó la pistola, y empezó a dar vueltas por el terreno circundante.

No; no encontró rastro de la joven.

Entonces subió a la carretera, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Julia…!

Un gemido hondo escapó de su garganta cuando aquella llamada se perdió en la inmensidad de la noche, sin encontrar respuesta.

Encendió varios fósforos, y anduvo de un lado a otro, hasta que, de pronto, al inclinar la cabeza descorazonado, descubrió a sus pies, sobre el barro las recientes huellas dejadas por el neumático de un coche.

CAPÍTULO IX

Skip despidió el taxi que lo había transportado desde una calle cercana al parque de atracciones hasta dos manzanas más abajo del Club Cigüeña.

Contempló el edificio a que se dirigía llenando los pulmones de aire fresco, mientras su mano se aferraba a la culata de la pistola que guardaba en el bolsillo.

Empezó a caminar lentamente, y antes de que llegase a la puerta se dio cuenta de que era observado por un hombre embutido en una gabardina.

Entró en el club y pasó de largo por el salón de baile, dirigiéndose hacia la puerta que comunicaba con el de juego, ante la que no estaba Sam, sino un tipo más elegante, de sonrisa estereotipada.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó el centinela.

—Soy Skip Braden.

El otro lo miró al rostro, y asintió sin dejar de sonreír.

Después de franquear el obstáculo, el anticuario puso proa al despacho que ya conocía.

No se detuvo a llamar. Hizo girar el picaporte, penetrando rápidamente en la habitación.

La luz era más brillante que la primera vez, y por ella los cuerpos estaban libres de sombras. Allí se encontraban tres hombres, uno de los cuales, moreno, de cuarenta años, trajeado impecablemente, se sentaba detrás de una reluciente mesa de doscientos dólares.

Skip fue examinado por la media docena de pupilas, y él, a su vez, inspeccionó, uno a uno los componentes del grupo.

Nadie esgrimía un arma. Todas las manos parecían ociosas.

—¿Dónde está? —preguntó Braden con voz fría.

—¿A quién busca? —retrucó el que parecía amo del negocio.

—Sabe a quién me refiero y no he venido a perder el tiempo.

—El mío también, lo tengo tasado, Braden. Iré al grano. Si se refiere usted a la joven periodista, le diré que no sé dónde pueda hallarse en este instante.

—¡Váyase al infierno!

—Le doy mi palabra. Admito que la señorita Corday me interesó en cierto momento, pero ahora me tiene sin cuidado su paradero.

—¿Por qué ese cambio? ¿Porque la han matado? ¡Si es así, les juro que les voy a hacer tragar unas cuantas píldoras de este chisme…!

Skip sacó la pistola e hizo con ella un movimiento circular para que los tres hombres se diesen cuenta de que no era chocolate.

Los dos tipos que estaban de pie dieron un respingo y movieron las manos hacia el interior de sus respectivas chaquetas.

—¡Quietos o empiezo ahora mismo la ejecución! —les amenazó el joven.

El elegante esbozó una sonrisa, murmurando:

—Creo que se precipita, Braden.

—Dele a la lengua cuando yo le pregunte. ¿Quién es usted?

—Mike Lowe. Y le vuelvo a repetir que no sé nada de esa chica.

—¿Sí? Entonces envió sus hombres al parque de atracciones para que se divirtieran. Los pobres son como niños. Apuesto a que alguno se trajo un cartucho de cacahuetes para regalárselo a su jefe.

—Después que usted se desembarazó de ellos en el Palacio Hindú, les di orden de que abandonasen la persecución.

—¿Y el trío del circo? Me costó cincuenta dólares, librarme de ellos.

—¿En el circo? Esos tipos no trabajan para mí. Le aseguro que retiré mi tropa del parque.

Skip apretó los dientes.

—¡Basta de cuentos, Mike! Quiero a la chica. ¡Y la quiero viva!

—¿Cómo he de convencerlo?

—¿Por qué razón la perseguía?

—Creí que tenía algo que me comprometía, pera he sabido que mis temores eran infundados.

—¿Qué otros personajes de esta cochina ciudad podían sentir

esos temores?

—No lo sé. Me limito a llevar mi negocio.

Skip dio unos pasos hacia la mesa, quedando los dos sicarios a su flanco.

—Me está mintiendo, Mike, y espero comprobarlo pronto. ¡Póngase en pie!

—¿Para qué?

—Va a venir conmigo. ¿Qué le pasa? ¿Está paralitico? ¡Rápido!

El jugador se incorporó y vigiló su movimiento.

Ese instante fue aprovechado por el par de guardaespaldas para arrojarse sobre el anticuario. Mas éste se hallaba preparado, y volviéndose como una centella, propinó un patadón en la espinilla a uno de ellos, y un culatazo en el mentón al otro. Ambos se desplomaron soltando aullidos.

Mike abrió un cajón, pero antes de que pudiera meter la mano en su interior, Skip le apuntó con el hocico de la pistola.

—¡Estoy deseándolo, Lowe! ¡Ande, saque el arma, y le hago un ojal en el hígado!

Mike tragó saliva, rezongando:

—De acuerdo; usted gana.

—Eche a andar hacia esa puerta trasera. No necesito advertirle que apretaré el gatillo si intenta escaparse —y luego advirtió a los cuervos—: Si descubro que me sigue alguien, no veréis vivo a vuestro jefe.

—¡Quedaos aquí! —ordenó el propio Mike, antes de salir del despacho.

Ya en el callejón, el jugador preguntó:

—¿Adónde me lleva?

—Es usted quien me va a conducir a alguna parte, Mike.

—No le entiendo.

Skip abofeteó con la mano libre a su prisionero.

—Esto le hará comprender que hablo en serio —declaró, rabioso, Braden—. ¿Necesita más?

El interpelado retrocedió hasta chocar sus espaldas contra la pared.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Usted debe saber qué ilustre ciudadano tiene más probabilidades de ser el raptor de la muchacha. ¡Condúzcame a él!

—No adelantaría nada, Braden. Cavaría su tumba.

—Pues dígame cuál es su última voluntad, porque ocupará usted una antes que yo.

Skip levantó la pistola, pero el otro se apresuró a decir:

—¡No dispare…! Le acompañaré…

—Eso es portarse bien, Mike. Dígame cuándo es su cumpleaños, y le regalaré bombones… con arsénico. ¡Reanude el paso! Guardaré la pistola, pero la tendré en la mano… ¡No lo olvide!

Salieron del callejón, y tomaron un taxi. Skip hizo una seña al jugador para que diese la dirección al conductor.

—Edificio Browling.

El coche arrancó.

—¿A quién vamos a ver? —preguntó Braden.

—Recogeremos una mujer, y luego asistiremos a una fiesta.

—¿Quién la da?

—Harold Stone.

—¿Quién es?

—Un hombre de negocios.

Skip soltó una risita.

—¿Como usted, Mike?

No volvieron a hablar hasta que el automóvil llegó a su destino. El anticuario dijo al taxista que aguardase, y a continuación salió en pos de Mike.

Entraron en un suntuoso edificio, y subieron al cuarto piso en el ascensor atendido por un muchacho.

Después de abandonar la jaula, caminaron por un alfombrado corredor, y finalmente Mike se detuvo ante el apartamento noventa y siete, pulsando el timbre de llamada.

Skip se puso a un lado, apretando la pistola para prevenirse contra cualquier eventualidad.

La puerta se abrió, y en el hueco apareció una pelirroja. Era tan hermosa como Rita Hayworth, pero poseía más femineidad y seducción. Descubría sus encantos con un traje de noche, cuajado de piedras verdes que refulgían intensamente.

—Hola, Mike —saludó la hembra. Y enarcó las cejas mirando al hombre que no conocía.

El jugador hizo las presentaciones.

—Skip Braden. Lou Shering.

El anticuario se tocó el ala del sombrero, y ella hizo un mohín con los labios, diciendo:

—Bien venido, Skip. ¿No pasan a tomar un *whisky*?

Los dos hombres entraron, y la mujer, cuando hubo cerrado la puerta, se volvió señalando el bar que había en un rincón.

—Prepárelos usted mismo, Skip.

—Los hará mejor Mike.

Lowe se fue tras la barra seguido por Braden, a quien no le gustó la idea de dejarlo solo con las manos libres.

Lou se sentó cruzando unas largas piernas.

—¿De dónde es, Skip? —preguntó.

—De Indio, Texas —contestó Braden—; regento allá una empresa de pompas fúnebres.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—Es una aldea con doscientos habitantes. Hay una muerte o dos al año.

—¿Y de qué vive, entonces?

—Compré unos acres de terreno, los dediqué al cultivo. En los primeros cinco años obtuve cuatro kilos de garbanzos y dos coliflores. Al fin me cansé, y un día me decidí a vender la propiedad. Pero cuando estaba clavando el cartel anunciando la venta, pegué demasiado fuerte con el martillo, y el agujero fue y se puso a echar petróleo.

—¡Petróleo!

—Bah, dos mil galones semanales…

La pelirroja hizo una mueca de estupefacción.

Mike terminó de preparar los *whiskys*. Cada uno tomó un vaso y bebieron pausadamente.

—¿Nos vamos ya? —sugirió Lou.

—¿Se le ha quitado ese dolor de cabeza, Mike? —inquirió Skip.

El jugador vaciló unos segundos.

—No —declaró al fin—. Lo tengo más fuerte.

—Duerma entonces. Yo puedo acompañar a Lou a esa fiesta, y traerla de nuevo.

La pelirroja sonrió, diciendo:

—Es usted todo un caballero, señor Braden.

Recogió el abrigo de visón que había sobre el respaldo de una silla, y caminó hacia la puerta.

—Salga, Lou, y espéreme en el vestíbulo. He de ultimar un asunto con Mike. Serán dos minutos.

Lou obedeció.

Cuando quedaron solos, Lowe lloriqueó:

—No me irá a matar ahora, Braden… ¡Le he ayudado!

—¿Quién es ella?

—Fue amiga de Harold Stone.

—¿Fue?

—Ahora tiene otra.

—¿Es posible que la haya sustituido? ¿Dónde tiene los ojos Stone? No me conteste. —Skip midió a Mike de pies a cabeza—. Usted y yo somos de la misma talla. ¿Tiene aquí algún traje decente?

—Claro que sí. Uno de etiqueta.

—No me gusta. ¿Uno azul?

—Sí, y sólo me lo he puesto una vez.

Braden acompañó a Mike a una habitación contigua, y sin abandonar la pistola se cambió de traje. Como había supuesto, el azul le sentaba como si fuese suyo.

—Bueno, Mike, se quedará aquí. Será mejor que eche una cabezadita. Deme las llaves del apartamento.

Skip arrancó de un tirón el hilo del teléfono, y después salió al corredor, dando vuelta a la llave de la cerradura.

Lou lo miró encantada en el vestíbulo, diciéndole:

—Debe de ser muy amigo de Mike para que él le deje un traje suyo.

—Vendimos periódicos juntos cuando éramos niños.

Salieron a la calle, y entraron en el taxi que aguardaba.

—Indíquele adónde vamos, Lou —dijo Skip.

—Calle Mayor, 166.

El coche se deslizó por el asfalto.

—Creo que va a ser una noche muy divertida, Skip —sugirió la hembra, al cabo de un rato.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque usted ni es empresario de pompas fúnebres, ni tiene pozos petrolíferos. Me di cuenta cómo mantenía a raya a Mike con la pistola.

El anticuario la miró asombrado, y ella continuó:

—De lo único que puedo presumir es de conocer a los hombres. Usted es un pillastre, y me da en la nariz que tiene muchas agallas. Pero me temo que le va a servir de poco su arrojo.

—¿Está de parte de Stone?

—Si lo estuviera me hubiera callado hasta encontramos en su casa. ¿Qué pretende usted? ¿Matar a Harold?

—Busco una chica.

—¿Una sola, habiendo tantas?

—Es la que yo tiraba de las trenzas cuando estábamos en la clase de párvulos. Cuestión sentimental, ya me entiende.

—Lo comprendo perfectamente. Creí que no quedaban en el mundo enamorados de su serie. Si lo hubiese sabido, me hubiera apuntado al sorteo.

—¿Qué me aconseja, Lou?

—Si supiese que me iba a hacer caso, le aconsejaría que se fugase conmigo. Pero como no es así, le diré que cuente con mi ayuda. ¿Quién le ha dicho que Harold tiene a su Julieta?

Ante las palabras de Lou, que destilaban espontaneidad y franqueza, Skip le hizo un relato, a grandes rasgos, de los acontecimientos. Al finalizar preguntó él:

—¿Qué opina al respecto, Lou?

La hermosa quedó un rato pensativa, contestando:

—Que es muy posible que las sospechas de Mike sean fundadas. Harold es un hombre que ha permanecido al margen de todo el barullo entre jugadores o propietarios de casinos, y también de los ciudadanos que quieren poner coto a tanto desmán como se comete en esta ciudad. Harold es la cabeza del monstruo. Se han puesto muchos nombres en la picota de la vergüenza pública, pero el de Harold se ha mantenido siempre puro, rodeado de una aureola de respeto. El es verdaderamente el hombre de hierro de este sindicato del crimen. Si cayesen los liliputienses, y así califico ya a los tahúres y *gangsters* de pacotilla, al cabo de cierto tiempo de tranquilidad, rebrotaría la delincuencia porque el tronco del árbol se quedaría sin abatir…

—Habla como un fiscal, Lou…

—Cursaba el segundo año de Leyes en la Universidad cuando conocí a Harold. Era guapo, galante y rico. ¿Sabe la consecuencia? Abandoné los estudios marchándome con él.

—Lo siento.

Lou rió con sarcasmo.

—Yo no —declaró—. Me he divertido mucho. ¿Qué edad me calcula? Dígalo sin miedo.

—Treinta y cinco.

—Se equivocó en diez. Hace trece días apagué veinticinco velas en mi tarta de cumpleaños.

Skip quedó anonadado. En verdad, Lou era hermosa, pero parecía una mujer cansada de vivir.

—No se ponga triste, Skip. Usted no es el único. Todos fallan. Salí de la Universidad fresca, juvenil, y ya ve… Son cosas del *whisky* y de las drogas. Harold no se contenta con tener la belleza a su alrededor; disfruta marchitándola, envileciéndola…

Skip la miró con simpatía, sugiriendo:

—Pero ahora usted se alejará de Stone y reemprenderá una nueva vida. Es inteligente, y no le faltarán oportunidades.

Lou le reconvino con un mohín.

—¿Pertenece al Ejército de Salvación? Vamos, Skip, deme un cigarrillo…

Se lo dio, y le acercó la llama de un fósforo. Ella, después de lanzar la primera bocanada de humo, dijo con jovialidad:

—No sé por qué he hecho de usted mi confidente.

—Por la misma razón que usted lo ha sido de mí.

—Sí; es extraño. Hay personas que encontramos a lo largo de la vida, a quienes apenas conocemos y con las que nos sentimos unidos íntimamente. —La pelirroja emitió una risita, añadiendo—: ¡Cualquiera diría que vamos a una fiesta!

—A propósito de ella. De hallarse Julia Corday en la casa, ¿en qué parte la tendrán?

—En el sótano.

—Entraré en la cocina.

—No; es un sótano muy especial. Se llega a él a través de una biblioteca. Ya le informaré al respecto. Bien; ya hemos llegado.

Bajaron a la acera, y Skip pagó el importe de la carrera. Al volverse dio un silbido contemplando una casa brillantemente iluminada, a la que rodeaba un jardín con verja.

Un hombre galoneado recogía tarjetas de invitación a la puerta del jardín.

Lou pasó junto a él, saludando:

—Buenas noches, Tony.

—Buenas noches, señorita Shering… —contestó el porrero, e inmediatamente opuso—: Usted, caballero…

—Viene conmigo, Tony. Es hermano de Mike.

—¿Hermano de Mike? ¡Caramba, bien venido!

Skip sonrió haciendo un saludo con la mano.

Subieron una escalera de mármol, penetrando en la casa por la ancha puerta abierta de par en par.

Hasta allí llegaban las notas de una música dulzona que interpretaba una orquesta de ritmo lento.

Dos criados se adelantaron hacia los recién Helgados para recoger el abrigo de visón de Lou y el sombrero de él.

La hembra miró al joven, y guiñándole un ojo dijo:

—Y ahora suerte, querido. ¿Adelante?

Skip inspiró profundamente, ofreció el brazo a la bella, y replicó:

—Puede levantarse el telón.

CAPÍTULO X

A la entrada de la sala donde se celebraba la fiesta había un hombre y una mujer. El vestido de etiqueta, y ella semicubierta por un vestido de noche rojo sangre. El hombre frisaba en los cuarenta y cinco años, y era de buena talla, ojos azules, nariz recta y mentón partido. La hembra, que no había cumplido los veinticinco poseía un cabello rubio brillante y un rostro maravilloso, aun cuando lo que más destacase fuese las prodigiosas y encantadoras curvas de su esbelto cuerpo.

Lou y Skip se detuvieron ante los anfitriones.

—¿Qué tal estás, Harold? —preguntó la pelirroja.

El aludido distendió los labios, replicando:

—De primera, Lou. Le estaba diciendo a Vivian que me encuentro como nunca.

Vivian, la rubia, dedicó a Lou una sonrisa de superioridad, murmurando, mientras observaba de soslayo a Skip:

—Creí que tu hombre era Mike, preciosa…

—Es su hermano. Mike se ha quedado en casa con una fuerte jaqueca.

El anticuario fue objeto de la curiosidad de Harold y Vivian.

—No sabía que Mike tuviese un hermano —dijo Stone, enarcando las cejas.

—Mike no ha querido saber nunca nada dé mí —repuso Skip.

—¿Por qué? —inquirió Vivian.

—Soy la oveja negra de la familia.

—No me diga.

—Sí; me he dedicado siempre a trabajar honradamente.

Hubo un silencio, y de pronto Harold soltó una carcajada.

—Es usted mejor que su hermano —declaró—. ¿Cómo se llama?

—Robert. Bob para los amigos.

—De acuerdo, Bob. Creo que me gustará charlar con usted sobre su honrado trabajo. Naturalmente, más tarde. Ahora vayan a divertirse.

Skip y Lou se alejaron, penetrando en un salón bastante concurrido.

—Me admira su sangre fría, Braden —expuso Lou—. Estoy por apostar a que logrará rescatar su chica de la cueva del dragón.

—Nuestra racha durará lo que tarden en descubrir mi verdadera identidad. Habremos de damos prisa.

—No se precipite, y abráceme para bailar. Harold y Vivian nos están mirando.

Skip la enlazó por la cintura, atrayéndola hacia sí, y se dejaron llevar por el ritmo del *slow*.

—Lo hace bien, Braden —murmuró la mujer—. ¿Quiere aceptar un ruego?

—Depende de lo que sea.

—Si le sonríe la fortuna en este asunto, no me pida que me marche con usted y su chica.

—¿Por qué?

—Me estoy enamorando de ti, Skip. Y ocurre algo raro. Nunca supuse que cuando llegase este momento me pondría triste.

Braden fue a replicar, separándose para mirarla a la cara, pero Lou lo contuvo uniendo su mejilla a la de él.

—No; no digas nada. Es mejor que las cosas continúen así.

Bailaron dos piezas más en silencio, y cuando comenzaba una rumba dijo de pronto Lou:

—Hay un tipo al otro lado de la sala que se dirige a hablar con Harold. Es Derek Burton, su lugarteniente. Si la doncella se halla de verdad en esta casa, Derek sabrá mucho al respecto. Acerquémonos al bar.

Cuando estuvieron junto a la barra, Skip pidió dos *whiskys*, y mientras los servían se entretuvo en observar a Derek, que cambiaba unas palabras con Stone. Era aquél alto, robusto, de fuerte complexión, rostro intensamente moreno y largos brazos. Harold asintió dos veces con la cabeza y su lugarteniente se alejó, cruzó el salón y desapareció por una puerta.

—¡Oh! —exclamó Lou—. Se me ha desabrochado una liga.

Vuelvo en seguida.

La pelirroja echó a andar siguiendo el camino de Derek, en tanto que el corazón de Skip aceleraba sus latidos.

Tomó uno de los vasos de *whisky* que habían puesto sobre la barra, e ingirió su contenido de un solo trago. Luego, sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno, tratando de calmar los nervios.

Había empezado a beber el segundo vaso cuando se estremeció al oír la voz de Harold Stone a sus espaldas.

—¿Se quedó sin su pareja, Bob?

Skip volvióse, replicando con aparente jovialidad:

—Un percance típicamente femenino. Lou regresará al momento.

—Magnífico. Eso me permite abordar la conversación *Que* le anuncié. ¿A qué se dedica, Bob?

—Fabrico esmeraldas.

—¿Es posible?

—Seguro. Un gran negocio. Nadie las puede distinguir de las verdaderas, a menos que se trate de un perito.

—¿Y le rinde mucho?

—Poseo tres «Cadillac», un hotel en Miami, la residencia que perteneció a Carole Lombard en Baverly Hills, una cuadra de carreras en Santa Anita y una fábrica de mondadientes en Boston.

La estupefacción de Stone iba en aumento.

—Aún no me explico por qué Mike no me ha hablado nunca de usted —declaró—. ¿Es que están a malas?

—Aquello ya pasó.

—¿Que fue aquello?

—Mike y yo peleamos por la herencia de tía Gertrudis. Nos dejó cien mil dólares, y yo aboné a Mike su parte en esmeraldas.

Harold lanzó otra carcajada.

—¿Ésa le hizo a Mike?… Me hubiera gustado ver la cara de su hermano cuando pretendió colocar las piedras.

—También a mí —convino Skip, observando de reojo la puerta por la que había de aparecer Lou.

—Quédese luego, Bob. Me gustaría ampliar nuestro conocimiento. Armaremos una partida. Todos amigos, ya me entiende.

—Claro que sí. Cuente conmigo, Harold.

El anfitrión se separó del bar, repartiendo saludos y sonrisas entre los invitados.

Skip dio un suspiro y apuró el vaso que estaba destinado a su compañera, quien tardó todavía dos minutos en acudir a su lado.

—No bebas más —le dijo ella—. Ha sonado la hora H.

—¿Qué hay que invadir?

—El sótano.

—¿La has visto?

—Sólo pude ver que Derek entraba en la biblioteca. Es la segunda habitación del pasillo. En la pared del fondo hay una puerta que se abre apretando un relieve situado junto a la segunda estantería de libros. ¿Llevas armas?

—Sí. ¿Y tú que harás, Lou?

—Me quedaré para cubrirte la retirada.

—¿No hay otra salida?

—No; tendréis que pasar por este salón para llegar a la calle.

—¡Pero vendrás con nosotros!

—¿No lo advertí antes, querido? Lou se queda aquí.

—¡Te arrancaría la piel a tiras! Abandona esa idea.

La pelirroja sonrió, replicando:

—Estás perdiendo un tiempo precioso, Skip. Si tardas en decidirte un segundo más, terminará tu papel de héroe.

Braden apretó los dientes, dándose por perdido.

Empezó a moverse, acercándose lentamente a la puerta que trataba de salvar.

Dirigió una mirada de soslayo al salón, observando que sólo era vigilada por Lou; puso la mano en el picaporte, lo hizo girar tiró y pasó al otro lado cerrando tras él.

Imprimió celeridad a sus piernas y entró en la biblioteca haciendo girar el interruptor de la luz. Era muy espaciosa y a la izquierda, cerca del hogar, vio los respaldos de dos grandes sillones, uno de los cuales se hallaba al lado de un largo ventanal que daba a una terraza. Las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros. A la derecha había una gran mesa con una silla, ambas estilo Luis XV.

Al descubrir el relieve mencionado por Lou se acercó a él, y alargó la mano para presionarlo.

Entonces una voz inquirió:

—¿Busca algo, señor Braden?

Skip se volvió sobresaltado al oírse llamar por su nombre.

Era la hermosa Vivian, y esgrimía una pequeña pistola automática en la zurda. Se había erguido de uno de los sillones junto al hogar, y estaba allí, majestuosa, solemne, con sus grandes ojos fulgurantes, recordando una ominosa y bella divinidad.

Skip sonrió, contestando:

—Soy Robert Lowe Vivian, ¿no lo recuerda?

—Acabe con esa pamplina. Fue Mike quien me trajo aquí de su pueblo hace unos meses. Lo conozco a él y su familia. No tiene ningún hermano.

Transcurrieron varios segundos.

—Si es así —opuso el anticuario—, ¿por qué no se lo dijo a Stone?

—He oído varias cosas de usted desde ayer, y me figuré quién era cuando lo vi en compañía de esa víbora de Lou. Desde que la desbanqué supuse que ella no me lo perdonaría. Me he limitado a esperar para desenmascararlo. Quiero que ella lleve también lo suyo.

—¿Y qué va a hacer, ricura?

Vivian se colocó en el centro de la habitación.

—Muévase de estribor y ponga proa a la sala de baile.

—¿Me va a hacer regresar teniendo usted esa pistola en la mano? ¿Qué van a decir los invitados de la hospitalidad de Harold?

—No se preocupe de ello. Le ahorraré esa vergüenza. En el pasillo hay un timbre. Lo apretaremos, vendrá Harold, y no tardará tampoco mucho en acompañamos nuestra querida Lou.

—Está usted deliciosa cuando nombra a su amiga. Abre la boca como si quisiera darle una dentellada.

De las pupilas de la rubia brotaron chispas.

—¡Suelte otro chiste, y le echo a perder ese traje!

—Ahí va. Para ser de pueblo se ha aprendido pronto la jerga de los forajidos.

Vivian se mordió el labio inferior con rabia, y por un momento Skip pensó que allí acababa su aventura. Pero la joven se rehízo y murmuró sibilante:

—Dé la vuelta, y haga lo que le he dicho.

Braden obedeció, encaminándose hacia la puerta con actitud indolente. Mas, de pronto, cuando ya había dejado atrás a Vivian giró como un rayo y pegó un manotazo en la muñeca izquierda femenina.

La pistola cayó al suelo al tiempo que la rubia se contorsionaba lanzando un grito de dolor.

Skip se agachó tranquilamente, recogió la automática y guardóla en el bolsillo.

—Le pido mil perdones, Vivian —se excusó con displicencia—. Y le aseguró que jamás me he portado tan mal con una dama.

—¡Perro traidor! —masculló, con ira reconcentrada, la amiga de Harold.

—Habrá de reconocer que no me ha dejado elegir, bombón.

—¡Sucio polizonte!…

—Ha visto demasiadas películas de *gangsters*, querida. Yo tengo prisa, y no me queda tiempo para discutir. Pórtese como una buena chica, y le prometo que saldrá con bien de esto.

Vivian sonrió como si de repente se hubiera hecho la luz en su cerebro.

—¿Y de qué forma piensa salir de la casa, señor Braden?

:—Tengo una fórmula que me hace invisible.

—¿De veras? Será divertido verlo desaparecer —repuso Vivian, intencionadamente.

—Ahora basta de cháchara. Póngase a mi lado y, por favor, no haga nada en contra mía. Usted es un bellísimo demonio con derecho a vivir entre rejas. No se pierda esa oportunidad.

—Lo que no me quiero perder es el epílogo de su estupidez, señor Braden. Seré fiel a cuanto me ordene.

Skip sonrió, apretando el relieve. Al instante se abrió una puerta en la pared del fondo, dejando al descubierto un largo pasillo iluminado en su parte central por una lámpara que pendía del techo.

—Usted primero, Vivian.

La rubia recorrió el pasillo teniendo a la zaga a Skip.

Al final había una escalera descendente, y él sujetó a la hembra por el brazo.

—Quítese los zapatos —le susurró al oído.

Ella accedió, y luego Skip la empujó suavemente para que

comenzase a bajar.

En un rellano, Braden se asomó por la barandilla y vio dos sombras en el piso inferior. Entonces pasó el brazo izquierdo por el estómago de Vivian, teniendo en la otra mano la pistola que había logrado en el parque de atracciones. Así, estrechamente enlazados, sintiendo Skip el perfume a jazmín de la mujer, terminaron de bajar la escalera en silencio.

Julia Corday se hallaba atada a una silla en el centro de la nave. Dos hombres en mangas de camisa jugaban una partida de naipes, arrimados a una mesa. Derek leía un diario, apoyando las espaldas en la pared.

Detrás de los personajes, en un rincón, había apiladas una docena de cajas de tamaño parecido a las que los jóvenes acostumbran regalar, llenas de bombones, a sus prometidas.

Derek fue el primero en olfatear el peligro. Quizá fuese su sexto sentido o que sus ojos percibieron algo por el rabillo. Se enderezó pegando un bufido como si quisiese advertir a sus compañeros, al tiempo que movía la mano hacia el interior de su chaqueta.

Pero Skip escupió rápidamente una orden:

—¡Estense tan quietos como estatuas si quieren evitar que les gaste una broma con este cacharro!

Los dos jugadores ni llegaron a levantarse de las sillas.

Julia Corday irguió la cabeza, y viendo a su amigo, exclamó:

—¡Skip!… ¡Skip Braden!

—¿Qué tal te trataron, Julia? —inquirió el anticuario, sonriendo.

—No muy bien. Pero el festejo mayor estaba por celebrarse.

—Tendrán que suspenderlo.

—Sólo aplazarlo —terció Vivian, amenazadoramente.

Julia miró a la rubia, y preguntó a Skip:

—¿Quién es?

—La vampiresa de la pandilla. Ahora está de nuestra parte, ¿verdad, Vivian? ¿Quiere hacer el favor de desatar a mi chica?

La amiga de Harold hizo una mueca, pero se acercó a la periodista y la libró de sus amarras.

—¿Cree que va a poder escapar, Braden? —insinuó Derek con ironía.

—No se lo aseguro —contestó Skip—. Pero le prometo que si

caigo me llevaré a unos cuantos por delante.

—¿No sería más conveniente para usted y la señorita Corday que entrásemos en conversaciones? Hablando se entiende la gente.

—A los tipos como usted no les falta nunca palabrería. ¿Qué harían con nosotros, después de llegar a un acuerdo? Ahórrese saliva. Yo se lo diré. Nos enviarían un par de sus amables muchachos para despedirnos. ¡Y qué despedida! Una ráfaga de sus eficientes armas, y una corona con una hermosa dedicatoria: «Harold Stone y sus amigos no os olvidan».

—Tiene demasiada imaginación, Braden.

—Yo lo calificaría de otro modo. Demasiado apego a la vida, si usted quiere. Por eso vamos a intentar salir de esta ratonera por nuestros propios medios. ¿Está preparada, Julia?

—Sí.

—Meta la mano en mi bolsillo derecho. Encontrará una automática. Úsela sin pestañear.

La periodista se aproximó a Skip para tomar la pistola. En ese instante, Derek y uno de los individuos en mangas de camisa, éste de la sobaquera que le colgaba de un hombro, intentaron sacar la artillería.

Braden apretó el gatillo dos veces, moviendo su pistola tres centímetros entre uno y otro disparo.

Derek recibió el impacto en medio del pecho y desorbitando los ojos, tosió, abrió la boca, arrugó la cara como si acabase de tomar una cucharada de aceite de ricino, y finalmente se derrumbó, quedando en el suelo de bruces y exánime.

El otro impulsivo se miró el agujero que había aparecido en su estómago tan repentinamente, y emitió un ronquido de miedo. Miedo a morir cuando tenía un póquer de ases y podía haber limpiado el resto a su compañero. Se debió decir que la suerte se portaba cochinamente con él. Luego empezó a caer lentamente, muy lentamente, como si temiese hacerse daño.

El tercer sujeto levantó los brazos hasta el punto de dar la impresión de que se los iba a descoyuntar, mas lo único que pretendía con ello era indicar a Braden su total conformidad con la fuga.

Vivian estaba sorprendida por todo cuanto sucedía a su alrededor.

—Será mejor que atemos a los supervivientes —indicó Skip—. ¿Sabes hacer nudos, Julia?

—Tengo un hermano en la marina.

—Pues demuestra tu habilidad.

En cinco minutos, Vivian y el otro compinche quedaron fuertemente ligados.

—¡Se acordará de esto, Braden! —advirtió, ominosamente, la rubia.

—Toda la vida, ricura —sonrió Skip—. Subamos ya, Julia.

Ascendieron la escalera y se internaron por el corredor, yendo a la vanguardia Skip, quien abrió la puerta de comunicación con la biblioteca. Ésta se hallaba a oscuras.

—Ahora derechitos hacia la calle, Julia —dijo Braden—. Mientras cruzamos el salón, vigila a los de tu izquierda; yo me encargo del resto. ¿Está claro?

—Perfectamente.

Entraron en la biblioteca y Skip cerró tras él la puerta falsa. En seguida, a oscuras, ambos se dirigieron hacia la salida.

Cuando se hallaban a mitad de camino se produjo un chasquido, y la habitación se iluminó.

Harold Stone y cuatro hombres más, con sendas pistolas en la mano, rodeaban a la pareja de fugitivos.

—No haga nada, Braden —conminó Harold—. Por de pronto, salvará la vida de la señorita Corday sí arroja al suelo su arma. ¿O prefieren morir los dos?

CAPÍTULO XI

Skip sopesó las palabras de Harold, y decidió que tenía que correr al albur de que las cumpliera porque de otro modo, Julia y él caerían allí mismo.

—De acuerdo —convino.

—¡No lo hagas! —chilló la periodista—. ¡Defendámonos!

Rápidamente, antes de que la joven pudiese hacer fuego, Braden le apresó la mano y desarmóla. Después, dejó caer las dos pistolas a sus pies, sobre la alfombra.

Stone sonrió, diciendo:

—Sabe lo que le conviene. Eso es un tanto a su favor.

Skip enarcó las cejas, interrogando:

—¿Ha habido alguien que no supiera que yo era Skip Braden?

—En eso ha sido bastante ingenuo. Tenía una perfecta descripción de usted. Fue divertido oírle la relación de sus propiedades. Respecto a Vivian, quiso hacer ella sola su juego. Hemos oído dos disparos. No la habrá matado, ¿verdad?

—No. Fue Derek y uno de sus halcones. Se pusieron pesados y hube de utilizar medios expeditivos.

—Usted también se ha puesto pesado, Skip. ¿Por qué se ha tomado tan a pecho el asunto?

—Me regalaron un cadáver, y quise conocer a los generosos remitentes.

—Si hubiese acudido a mí, yo se lo habría explicado.

—¿Por qué no lo hace ahora?

—Es sencillo. Dos de mis hombres mataron a Webb y pensaron meterlo en uno de los arcones de Brett con unas cuantas piedras y tirarlo al río Chattahoochee. Pero cuando ya tenían colocado el cadáver llegaron los obreros y mis hombres tuvieron que

esconderse. Aquéllos cargaron el arca en un camión, y lo demás ya lo sabe.

—¿Por qué asesinaron a Webb?

—Metió sus narices en mis negocios, tanto como las ha metido usted. —Stone hizo una pausa, añadiendo después—: Ahora me va a dar el microfilme, Braden.

—¿Qué dice? —inquirió el anticuario, sorprendido.

—No se haga de primeras. Sé que lo tiene usted.

—Es como si me hablase en chino, Harold.

—¿No es más conveniente que suelte prenda sin obligarme a maltratarlo, Braden? Le advierto que soy muy excitable.

—Usted será lo que quiera, pero en mi vida he tenido ese microfilme de que me habla. ¿Acaso es la última película del pato Donald?

Stone torció el gesto, replicando con rabia:

—Se las da de tino con agallas, ¿eh, Braden?

—Nada de eso. Me conmueve hasta el ver cómo pasa una ancianita de una acera a otra.

—¡Está bien! ¡Usted lo ha querido! ¡Adelante, muchachos!

—¡Espere, señor Stone! —exclamó Julia, poniéndose delante de Skip.

—¿Tiene que decir algo? —preguntó Harold con voz seca.

—Sí. Les he engañado.

—¡Repítalo!

—Braden no tiene el microfilme. No se lo he dado nunca.

Stone avanzó hacia la periodista con el rostro lívido.

Braden apartó a Julia, diciendo:

—¡No la crea, Harold! ¡Es cierto que lo tengo yo!

—¡Por favor, Skip! —repuso ella—. ¡No mientas!

Harold se detuvo y volvió la cabeza haciendo señas a dos de los tipos que había en la habitación, los cuales se pusieron en movimiento.

—¡No! —chilló, acongojada, Julia.

Skip vio venir la avalancha y trató de defenderse, recibiendo a su primer antagonista con un formidable puñetazo y obligándolo a retroceder. Pero el otro aprovechó el impulso de Braden para golpearle con la culata del arma en una mejilla.

Julia dio un grito, mientras su amigo se estremecía víctima del

terrible dolor. Los dos buitres no le dieron ahora tregua. Cada uno por un lado, acosáronlo con furia homicida. Skip tampoco se estuvo quieto, logrando conectar uno de sus puños en el mentón de su rival, que trastabilló y se desplomó estruendosamente. Su puesto fue ocupado por uno de los suplentes con aspecto de luchador de *catch*, el cual, sin importarle los golpes de Braden, lo agarró con suma facilidad de un brazo y se lo retorció, obligándolo a dar una vuelta de campana para evitar su fractura.

El anticuario pudo desasirse de la presa pegando una patada en el plexo solar del bruto, quien reculó a una velocidad impresionante, terminando por estrellarse contra las librerías.

Pero el segundo rival estaba a la expectativa, y viendo que Skip resoplaba con las energías medio acabadas, le atizó un manotazo de *judo* en un hombro, fulminándolo contra el suelo, en donde se revolcó pegando aullidos.

De pronto, la puerta que conducía a la libertad se abrió, apareciendo Lou Shering esgrimiendo una pistola con cachas de marfil.

—¿Me dejas tomar parte en la juerga, Harold? —preguntó con mucha delicadeza.

Stone la miró con prevención, respondiéndole:

—¿Qué haces con eso? Guárdala. Los pájaros ya han caído.

—Estos pájaros volarán, Harold.

—¿Qué dices?

—Y te voy a hacer un favor a ti, querido. Tú también escaparás de la jaula. Y soy yo quien te va a dar alas.

—¡No seas estúpida, Lou! ¡Guarda esa arma!

Pero Lou disparó dos veces sepultando otros tantos proyectiles en el cuerpo de Stone, el cual compuso un gesto trágico antes de abatirse sobre la alfombra. Instantáneamente, el cuervo que no había intervenido en la pelea hizo ladrar su pistola, abriendo tres orificios en el hermoso cuerpo de la pelirroja.

Skip, que había hecho una pantomima para apoderarse de las armas que anteriormente había dejado caer a petición de su anfitrión, intervino eficazmente en el concierto, enviando una rociada de balas sobre el asesino de Lou y el luchador de *catch*, que se disponía también a hacer oír su instrumento.

Los cuerpos se desplomaban como fardos.

El último forajido útil que había en la biblioteca fue a vengar a sus compañeros, pero Julia se le echó encima, y el plomo que escupió su «Luger», destinado a Braden, fue a sepultarse en el lomo de un ejemplar de *El paraíso perdido*, de Milton.

Skip hizo girar su «quitapenas», y, apretando el gatillo, sacó de este valle de lágrimas al truhán.

De súbito, el ruido de un tropel de gente que se acercaba por el corredor que ponía en comunicación el salón y la biblioteca, ensombreció la victoria de Julia y Skip.

—¡Estamos perdidos! —exclamó ella con pesar.

—Bueno —dijo Braden, arrojando la pistola sin municiones y empuñando la automática de Vivian—. De todas formas, ha valido la pena. —Se puso en pie, y añadió—: Dame un beso, querida.

La joven corrió a su lado, y dijo rápidamente:

—Te quiero, Skip.

—Y yo a ti también.

Se besaron durante una décima de segundo, porque no había tiempo para hacerlo más largo.

Ya llegaban a la puerta los de fuera.

Braden tenía enlazada por la cintura a Julia, porque quería morir sintiendo los latidos del corazón amado cerca del suyo, pero mantenía la automática lista para vaciar su cargador sobre los que irrumpiesen en la habitación.

La puerta se abrió de golpe, y el anticuario contempló asombrado a Joseph Zuckerman y Larry Chandos, que entraron seguidos por una nube de policías.

El teniente de Homicidios y el agente de Narcóticos se detuvieron de súbito, dirigiendo una mirada a los cuerpos que había en el suelo.

—¡Que me maten! —exclamó Zuckerman—. ¿Qué es esto, Braden? ¿Su cementerio particular?

* * *

Se hallaban en la Comisaría de Policía. Quien presidía la sesión era el capitán James O’Hara, de Phoenix City, y asistían Zuckerman, Chandos, Julia y Braden.

—Bueno —dijo
O’Hara,
rubio, barbilampiño, de unos treinta y cinco años—; las cajas del sótano contenían cocaína, heroína y morfina.

—Una pregunta, capitán —rogó Skip—. ¿Cómo llegaron tan a tiempo a la casa de Stone?

—Una mujer nos hizo una llamada telefónica.

—¡Lou Shering!…

—¿La pelirroja muerta?

—Sí.

Julia prendió la mano del anticuario y se la apretó cariñosamente.

—Han hecho ustedes un buen trabajo —reconoció
O’Hara
con una sonrisa—. La señorita Corday ha sido la inteligencia; usted, Braden, la fuerza…

—¿Qué dice? —inquirió Skip.

Chandos intervino para contestar:

—Usted, Braden, se habrá dado cuenta de que todo el caso ha girado alrededor de un microfilme.

—¡Ya lo creo que estoy enterado! Me parece que pasaré seis meses soñando con ese carrete —atrajo hacia él a Julia, añadiendo—: ¿Dónde lo escondiste?

—Se lo envié a
O’Hara
por medio de uno de los hombres que trabajaban en las marionetas.

—¡Y me tuviste en vilo todo el tiempo!

—Empezó a gustarme tu compañía, y quise atarte a mí.

—¡Pero si no te hacía falta! ¡Estaba chiflado por ti!

Zuckerman tosió para sugerir:

—¿Qué les parece si se arrullan después, tórtolos?
O’Hara
tiene que explicarles algo sobre el microfilme.

—¿Qué? —preguntaron, a un tiempo, el anticuario y la periodista.

—El microfilme no contenía más que fotografías campestres —reveló el capitán—. Ni una sola persona hay en ellas.

—¡No! —exclamó Skip, en tanto que a Julia dejaba sin habla el

estupor.

Chandos soltó una risita diciendo:

—Así era de listo Webb, de la Brigada de Narcóticos. Inventó lo del microfilme para que el verdadero jefe de esta ciudad perversa diese la cara. Webb cayó, pero dejó el camino abierto para la investigación, teniendo en cuenta que había puesto a buen recaudo el carrete, y los *gangsters* continuarían su búsqueda… Luego, Julia se lanzó a la vorágine siguiendo la sugerencia de Webb, y usted, Braden, la secundó por eso de que es un entrometido…

—Un maravilloso entrometido —rectificó la hermosa muchacha con orgullo—. ¿No les parece?

En ese instante sonó uno de los teléfonos que había sobre la mesa tras la que se sentaba
O'Hara,
y éste descolgó preguntando qué ocurría. Luego de escuchar alargó el micro a Braden.

—Es para usted, Skip.

El joven lo tomó, y cuando lo tuvo junto al oído, inquirió:

—¿Quién es?

—¿Se acuerda de mí? —dijeron al otro lado—. Soy Anne King. Cierta vez estuve empleada con un tal Skip Braden.

—¡Hola, ricura! ¿Cómo dio conmigo?

—He llamado a todos los hoteles de esa ciudad hasta dar con el suyo. En vista de que por allí no comparecía, me he puesto en comunicación con el depósito de cadáveres. Pregunté si tenían a un tipo que en vida fue de cuidado, y me dijeron que poseían toda una colección. Me dieron un gran susto. Pero al fin les hice su descripción, y me dijeron que a usted todavía no lo habían llevado. Claro, y ahora me he puesto en contacto con la comisaría…

—Eso es usar el cerebro, muchacha. Recuérdeme que le aumente el sueldo.

Julia palmeó el brazo de Skip, e interrogó con el ceño fruncido:

—¿Quién es esa ricura?

El apartó el micro de los labios, y contestó:

—Mi secretaria. Anne King.

Julia le quitó el auricular, y dijo:

—¿Señorita King? Soy Julia Corday, la prometida de su jefe.

—Cuánto me alegro… Encantada, señorita Corday. Yo también

me voy a casar pronto.

—¡Pero eso es estupendo! Sinceramente había llegado a preocuparme. Oiga, Anne, hablemos de otra cosa. ¿Tiene placa la puerta de su jefe?

—Sí. Skip Braden. Compraventa de antigüedades y objetos raros. Pago más que nadie.

—¿Qué le parece si la hace sustituir en seguida por otra que diga: «Skip Braden. Agencia de Investigaciones Privadas»?

—¡Naturalmente que sí! ¡Apuesto a que es usted el ángel bueno de Skip, señorita Corday!

—Llámeme Julia. Hasta pronto, Anne.

La periodista devolvió el micro a O'Hara, mientras Skip preguntaba:

—¿Qué es eso de «Agencia de Investigaciones Privadas», preciosa?

—Pues que eres único para esa clase de negocios.

Zuckerman emitió un gemido, diciendo:

—¿Lo ven ustedes? Ya sabía yo que acabaría la cosa así. Tendré que encontrarme con un miembro de esta pareja de locos en Nueva York cada vez que me encarguen de un caso. Ella periodista, y él, detective particular. ¡La escarlatina y el sarampión de la policía!

Julia pasó los brazos por el cuello de Skip, y lo besó en la boca.

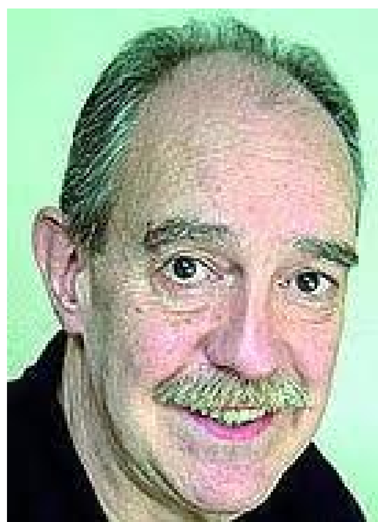
—¡Eh, eh! —chilló O'Hara—. ¡Lárguense de aquí ahora misma, si no quieren dormir en una celda!

Braden enlazó a su prometida del brazo, dirigiéndose a la puerta. Con ésta abierta se volvieron sonrientes, y él deseó:

—¡Buena suerte, amigos!

Los tres policías contestaron haciendo un aro con el índice y el pulgar de la mano derecha.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).